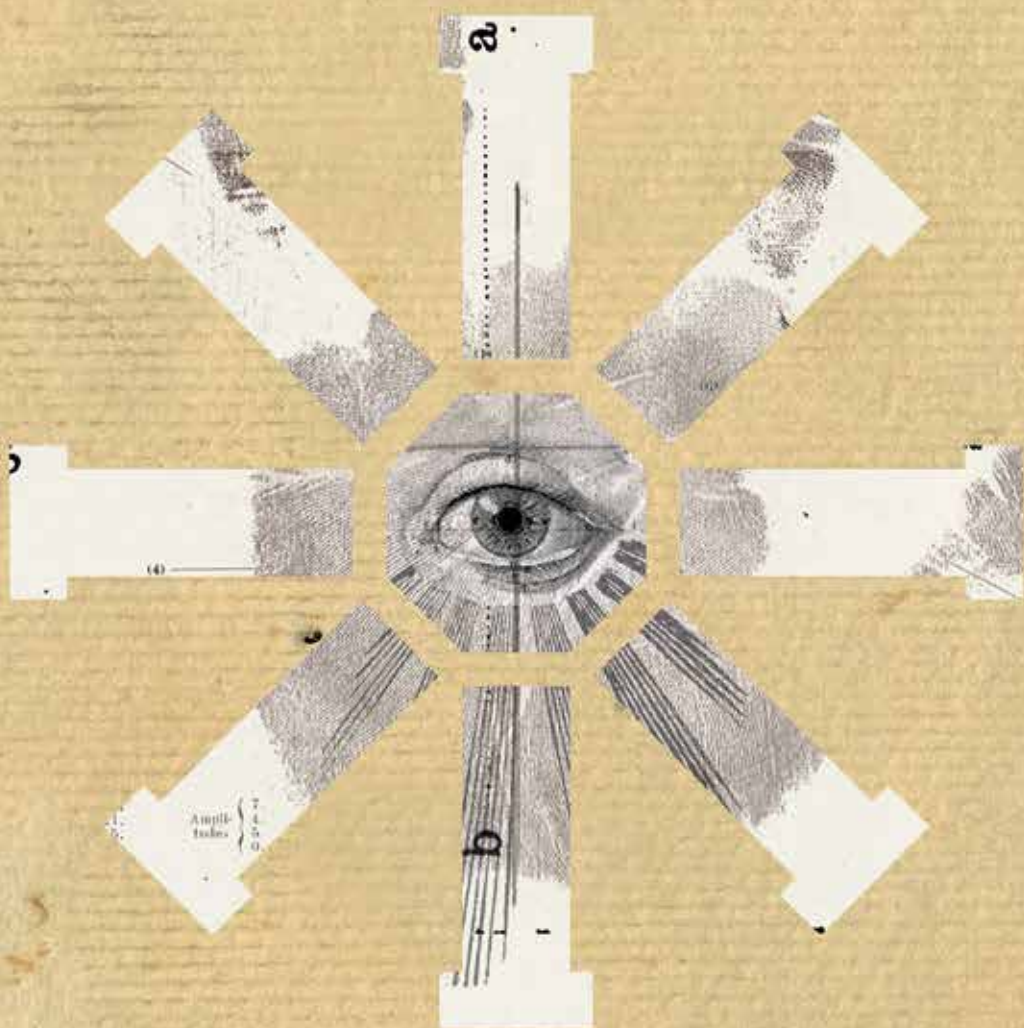


POSITIVISMO

- SIMULADORES DE LA RAZÓN -



POSITIVISMO
ARGENTINO

- SIMULADORES DE LA RAZÓN -

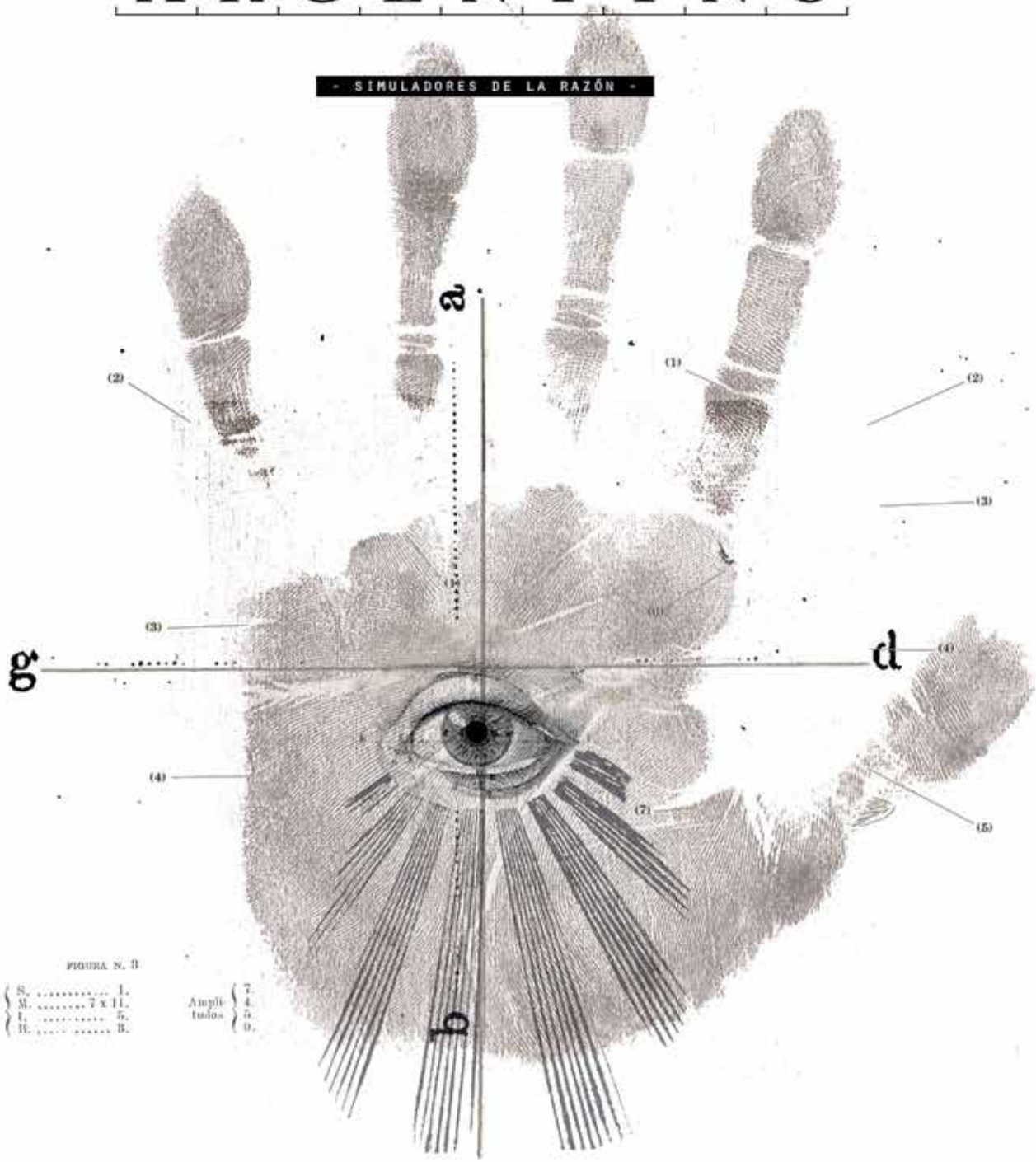


FIGURA N. 3

Líneas	{ S. 1.	Ampli- tudos	{ 7.
	{ M. 7 x 11.		{ 4.
	{ L. 5.		{ 5.
	{ H. 3.		{ 9.

AGOSTO - OCTUBRE 2015
SALA LEOPOLDO MARECHAL

El positivismo, rareza filosófica

El positivismo político y filosófico que durante más de tres décadas –en el cruce del siglo XIX al siglo XX– animó el pensamiento social mayoritario en Latinoamérica, encierra la más recurrente paradoja de todo pensar, o mejor, de casi todo pensamiento sin más. Está inhibido de pensarse a sí mismo, por el temor a refutar su característica central, que es la certeza en la certeza. En cambio, todas las reacciones al positivismo a las que asistimos desde las primeras décadas del siglo XX, postulaban que el rechazo a la autorreflexión impedía el verdadero pensar, que debería siempre tener una renuncia interna, un foco de incompreensión sobre sí mismo que de este modo lo liberaba. No es lo que quiso para sí el positivismo; quiso liberar sin un pensamiento liberado. De ahí su atractivo y su fracaso.

No es fácil hoy decir a quién se le ocurrió ese nombre. Podemos evocar a un Comte, que dejó su máxima en la bandera de Brasil, pues lo autoriza el modo en que fue leído su pensamiento, sobre todo en ese país, y en México por los porfiristas. Pero no deja de ser un desafío encontrar un sentido único a una palabra que imantó a una franja mayoritaria de políticos, científicos e intelectuales en nuestro continente. La paradoja consiste en que si por positivismo se entendía una historia evolutiva capaz por su propia fuerza inmanente de dejar de lado los estorbos del pasado, la irracionalidad, el caudillismo y “las fuerzas del espíritu”, ese pasado no sólo estaba a disposición de los positivistas en su condición de fantasía secreta que retornaba, sino que el fervor por encontrar “la potencia del dato” en una ética de la superioridad biológica, en el rechazo de la “psicología del cacique” y en apología del “gobierno científico” –que Comte se animó a llamar “sociocracia”–, llevaba a menudo a explorar las zonas secretas contrapuestas. Éstas fueron las que en definitiva forjaron el regazo enigmático en que se refugió el positivismo tardío. Al principio fue la atracción por la doctrina de Blavatsky, la doctrina secreta del cuerpo místico, que recorrió toda América y tuvo en Ingenieros un temprano exponente, como en Lugones un discípulo errante que nunca abandonó el esoterismo bajo el nombre de fatalismo, y lo hizo una variante extrema del ocultismo heroico y la fantasía cósmica.

No es adecuado ni justo con el modo mutuamente resonante en que se dan las ideas pensar el positivismo argentino ligado solamente al homenaje metafísico del mundo fáctico, sus leyes a ser develadas, y al laboratorio del químico o del matemático que le quita a la naturaleza uno más de sus velos. Es cierto que buena parte de lo que conocemos como positivismo tuvo el clima que le dio un gobierno que lanza la unidad territorial cual ley científica (“Roca, el general positivista”, proclamó Viñas), y es correcto ver el despliegue científico no sólo en las revistas de Ingenieros o del psiquiatra Veyga, sino fundamentalmente en la obra de Ameghino, que era un evolucionismo de cuño darwinista con una fuerte base matemática. Tanto Darwin como Nietzsche, en tanto lecturas populares, convivían curiosamente en un ataque del positivismo metafísico a la metafísica de las ideas. Pero éstas se las arreglaban para sobrevivir en el seno del propio

positivismo, y cuando Ingenieros dice fuerzas morales u hombre mediocre, está poniendo un poder espiritual en el mismo lugar en que los científicos de otro orden podrían estudiar los secretos de la naturaleza.

Si el positivismo ingenuo prefirió un programa lineal donde la idea de materialidad fáctica subordinaba al mundo social, empobreciendo su dimensión sociológica y la idea de autonomía de la voluntad, las simultáneas lecturas de Le Bon y los teóricos de la “degenerescencia”, como Lombroso y Max Nordau, más la exacerbación del concepto de “simulación” (y de toda la lingüística del momento, que daría paso muy pronto al neopositivismo), hicieron virar al sector más literario del positivismo argentino (Ingenieros, J. M. Ramos Mejía) hacia un esteticismo de la risa, la que incluso tenía valor terapéutico, y también hacia una sigilosa apología de la locura y a una renovación general del esoterismo como ciencia oculta con valor de aristocracia cognoscitiva y de “nueva lengua conjurada”. De alguna manera, un Macedonio Fernández o un Xul Solar son los herederos ultrautópicos de esos juegos pospositivistas con el lenguaje. Este panorama generó muchas alarmas, que llegaron al joven Arlt, que expresa su contrariedad en su célebre artículo “Las ciencias ocultas de Buenos Aires”, pero saluda a todas estas “extravagancias” –así le parecían– en el magnífico folletín “Los 7 locos”. A su vez, en una cuerda totalmente separada, de aquel “ejército positivista” en el que convivían a la distancia estos escritores, un joven capitán irá subrayando un libro de Le Bon que se refería a la psicología de masas y a la estructura atomística de la materia. Era ésa una lectura de “psiquiatras positivistas”. Faltaban algunas décadas para que surgiera el peronismo, que en su idea de “multitud” no dejaba de tener el rastro de aquellas bibliotecas que parecían olvidadas.

Horacio González

Director de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Una biblioteca positivista argentina

Al imaginar el contenido de una biblioteca positivista uno se ve tentado en detenerse y recorrer la biblioteca de saberes que se puede rastrear, cual baqueanos, a través de los textos de alguno de los autores paradigmáticos del positivismo. Por suerte, este emprendimiento fue realizado por José Ingenieros en una célebre elegía a quien considerara su maestro. Nos referimos, claro está, a la reseña de las fuentes que nutrieron en sus escritos a José M. Ramos Mejía. La elegía realizada por Ingenieros dice así: “En *Las neurosis de los hombres célebres*, sus fuentes psiquiátricas son francesas y el mayor influjo corresponde a Moreau de Tours; sus fuentes filosóficas remontan a Comte, Darwin y Spencer; sus fuentes históricas argentinas son V. F. López y Sarmiento. En su *Patología nerviosa y mental* se percibe el rastro médico de Charcot y Claudio Bernard, correspondiendo a Renán la orientación cultural. En *La locura en la historia* se advierten lecturas nuevas de historiadores ingleses que ilustraron la degeneración de los Habsburgos españoles. En *Las multitudes argentinas* se mezclan corrientes sociológicas contemporáneas, de cepa spenceriana, girando en torno de sugerencias directas de Le Bon. En *Los simuladores del talento*, con ser de índole tan personal y localista, nótase la asimilación de la corriente psicológica de Ribot. El modelo ideal de *Rosas y su época* fue Taine”. Podríamos completar estas lecturas señalando también la influencia de Haeckel y Lamarck. Agregar a esta biblioteca ideal las fuentes de la tradición paleontológica y museológica de Burmeister y Ameghino: los naturalistas que recorrieron nuestra Pampa y que tuvieron a Lynneo, padre de la taxonomía, como modelo descriptivo y clasificatorio. Sumar entonces la literatura de Guillermo Hudson y otros. O ser todavía un poco más exigentes y reconocer, quizás, la influencia del enciclopedismo francés del siglo XVIII. Como sea, el texto de Ingenieros nos da un panorama bien definido de los autores clásicos y contemporáneos a Ramos Mejía, así como de la sucesión de hegemonías disciplinares que atravesó y se tradujo a diversos lenguajes dentro del campo de intelectuales positivistas (la biología, la historia, la sociología y la psicología signan, además de los recursos metafóricos, una trama de temáticas y enfoques a ser desplegados en los análisis de las cuestiones problemáticas para la sociedad argentina).

El término “biblioteca” puede aludir, además, a la posibilidad de dejar un legado o testimonio, un regalo a la posteridad. Así, por ejemplo, la biblioteca personal de José Ingenieros, que pasó a enriquecer los anaqueles de la Biblioteca Nacional y que ahora el visitante de esta muestra podrá apreciar al recorrer las vitrinas de la Sala Leopoldo Marechal. Encontrará allí no sólo varios de los volúmenes leídos por el famoso criminólogo argentino, con lo cual podrá reconstruir su campo de influencias, sino también libros obsequiados a él con valiosas dedicatorias de los más reconocidos investigadores de la época, como la que le escribiera, justamente, Ramos Mejía en un ejemplar de *Los simuladores del talento*. Este doble registro del concepto “biblioteca”, que se inscribe en una historia de la circulación de libros y lecturas, abre junto a la pregunta por el legado un interrogante aún más general:

¿Qué nos dejó el positivismo en su paso hegemónico por nuestra historia nacional? ¿Cómo logró ese lugar preponderante en el campo intelectual argentino entre fines del siglo XIX y principios del XX? Lo hizo gracias a su economía de recursos explicativos: el positivismo usó la teoría evolutiva de Darwin y su expansión, gracias a las lecturas de Spencer, hacia el mundo social (el llamado darwinismo social). Es decir, el positivismo redujo y unificó los métodos de estudios de las ciencias humanísticas bajo el criterio de Progreso y los presupuestos de la biología. Esto fue posible por la eficacia discursiva que implicaba analizar a la sociedad como un organismo. Individuos, sociedades simples y complejas, instituciones y estructuras, serán tratados como organismos y, en consonancia, serán “tratados” a la manera en que la biología y la medicina pensaron el problema sanitario: discriminando a los organismos sanos de los enfermos. En definitiva, la hegemonía ideológica del positivismo, en detrimento de otras corrientes de pensamiento finiseculares que igualmente tuvieron influencias considerables entre los autores científicistas (como el simbolismo, el vitalismo, el decadentismo o el espiritualismo), se puede explicar por: 1) su capacidad descriptiva y 2) por su inscripción en el proyecto roquista y su articulación con las instituciones del Estado. Este enquistamiento estatal es, dentro de las variables, quizás la más importante para entender, en todo caso, por qué el positivismo argentino abordó como temas prioritarios: a) los efectos no deseados del proceso acelerado de modernización y b) la (re)invención de una nación imbuída de la novedosa problemática de la inmigración masiva.

Eduardo Rinesi propone¹ retomar las reflexiones que Jorge Salessi realizara en *Médicos, maleantes y maricas* sobre *La fiebre amarilla*, el célebre cuadro de Juan Manuel Blanes, para rastrear el pasaje que va de la “vieja dicotomía sarmientina civilización/barbarie” al “par de opuestos salubridad/insalubridad” y así comprender, por un lado, el grado de autopercepción que el Estado empieza a tener sobre su nuevo rol en la vida cotidiana de la sociedad y, por el otro, el necesario papel que deberán comenzar a jugar las instituciones de control en esta redefinición del espectro nacional hacia fines del siglo XIX. Recordemos junto a Salessi que en el cuadro “el espectador, ubicado en el interior de una oscura habitación de un conventillo de Buenos Aires, miraba hacia la puerta doble de la habitación súbitamente abierta de par en par. En el vano de la puerta, parados a contraluz, dos hombres vestidos con levita negra con la galera en la mano, al lado de un muchacho de pueblo que tímidamente contemplaba la escena desde un costado de la apertura, observaban serios el cuerpo de una mujer muerta que yacía boca arriba en medio de la habitación. Blanes representó a esa mujer como una madre y a su lado su hijo de pocos meses posaba una mano en un pecho materno tratando de alimentarse”. Completa la imagen Rinesi señalando que quienes están ingresando a la pieza son el presidente de la Comisión Popular, Roque Pérez, y uno de sus médicos, Manuel Argerich. No familiares, no ciudadanos, sino funcionarios, hombres de Estado. ¿Y cuál es la actitud del funcionario? Observar. No conjeturar, sino observar los *hechos*. Esa será la condición de las nuevas atribuciones del Estado argentino: observar para poder intervenir con conocimiento, valiéndose

¹ En “Las formas del orden (apuntes para una historia de la mirada)”, estudio estético-político publicado en González, H.; Riseni, E. y Martínez, F., *La nación subrepticia*, Buenos Aires, El Astillero, 1997.



Un episodio de la fiebre amarilla
en Buenos Aires, Juan Manuel Blanes,
1871. Óleo sobre tela, 230 x 180 cm.

de la ciencia y de las nuevas instituciones que se formarán bajo los cimientos de la experimentación metódica y rigurosa. Por ello, para pensar la biblioteca ideal positivista en ese doble registro de lecturas y legado o testimonio cultural, es importante no sólo recorrer las obras de los autores destacados, sino también sus roles y actuaciones en las instituciones estatales. Analizar, para seguir con nuestro ejemplo, el paso de Ramos Mejía por el Departamento Nacional de Higiene en 1892, o su labor reformista en el Consejo Nacional de Educación hacia el cumplimiento del Centenario patrio, etc.

Ahora bien, ¿qué significa “observar” desde la mirada del científico estatal? Esta pregunta remite a los dos niveles que coexisten –por lo menos desde que así lo señalara Aristóteles en su *Óptica*– en toda *mirada* o percepción: el sujeto que observa y el sujeto-objeto observado. El positivismo servirá, como armazón conceptual, de medio y arquitectura para ese encuentro desde la visión del Estado argentino. ¿Y cómo se observa a ese sujeto-objeto? No es menor que en todos los autores de este período se conjuguen repetidamente los tópicos de la mezcla, la promiscuidad, del sinsentido. En todos estos términos, el sujeto observado es uno, aunque colectivo: la multitud o “plebe ultramarina” –al decir de Leopoldo Lugones– de inmigrantes que para el fin de siglo modifica para siempre la fisonomía de estas tierras, al punto de reabrir los pasionales debates sobre el sentido del ser y de la formación de la lengua nacional.

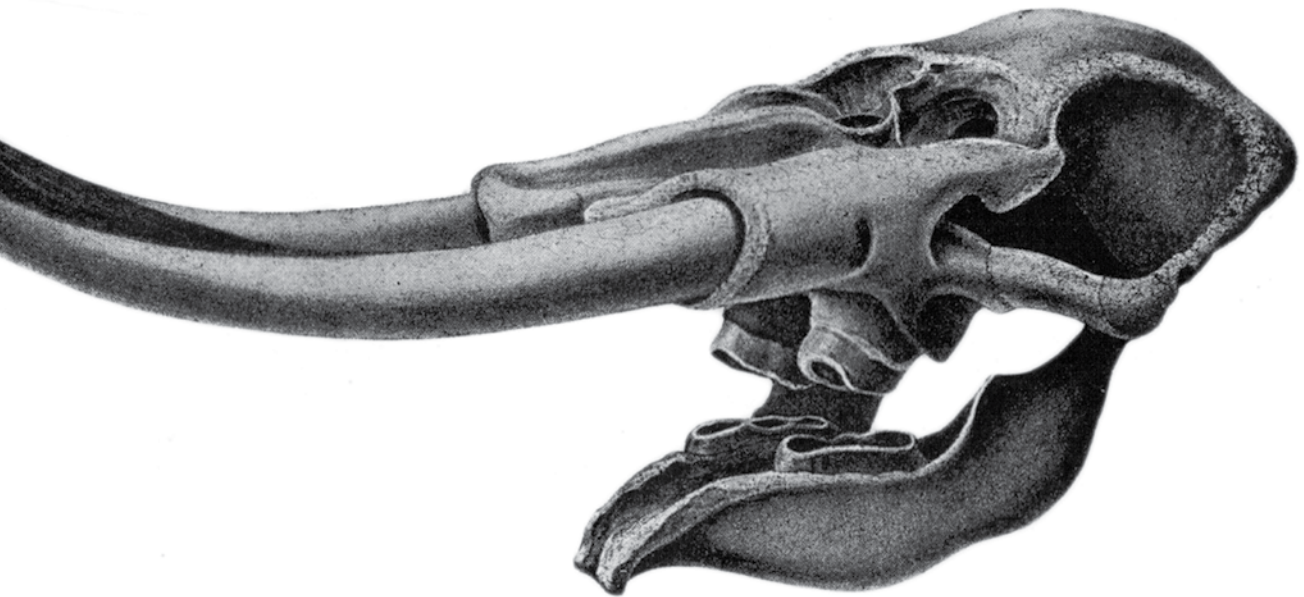
Dijimos antes que el positivismo fue eficaz especialmente al problematizar los “efectos no deseados” del proceso de crecimiento acelerado de fines de siglo XIX. Las olas inmigratorias suscitaron, en ese sentido, un corrimiento discursivo: lo que para aquellos años setenta se señalaba como peligroso para el ciudadano eran las “mezclas de fluidos” insalubres. Para la siguiente década, la preocupación será la salud pública, y el discurso estatal abogará para prevenir sobre aquellas “mezclas sociales” que ponen en riesgo el tejido de ese *cuerpo orgánico* que es la Nación. El discurso higienista, emitido por el sujeto-Estado, ahora observará a ese sujeto-inmigrante que es impredecible y que pone en riesgo la tranquilidad de la élite. En palabras de Salessi, esta nueva orientación gracias a la novedosa metáfora higienista –luego criminológica– implicó: “la identificación de la bacteria y el microbio con el inmigrante extranjero primero y, cuando los inmigrantes ya estaban establecidos en el nuevo país, con una población de ‘delincuentes’ que vivía dentro de las fronteras nacionales y debían ser identificados y controlados o reformados”.

En este contexto, la búsqueda de tranquilidad explicará, en parte, la obsesión positivista con el concepto de *simulacro*. Porque el simulador aspira, en su astucia, al emular (pues “simular” es un emular en forma desplazada) aquello que en verdad no es, a lograr una vía de escape, a sostenerse en la opacidad. El simulacro es el intento de quedar ajeno al control de un Estado que entiende que clasificar y reformar son las condiciones de posibilidad de la inclusión de los individuos en una comunidad, aunque eso implique la exclusión de las singularidades dentro del entramado colectivo político. Porque el Estado busca recorrer con su mirada vertical, como en el cuadro de Blanes, todo su territorio. Si hay peligro de insalubridad, entrará a la habitación para determinar causa de muerte y plan a seguir. Si hay huelga, deberá confinar o reprimir. Si hay delincuencia, castigar o deportar. Frente a ese accionar, las estrategias de ocultamiento del sujeto que no quiere ser observado, quedar “*in fraganti*”: simular para –sin ir más lejos, por ejemplo– poder así evitar el Servicio Militar Obligatorio. O simular talentos para

no evidenciar la mediocridad, todos ellos tópicos analizados por Ingenieros. Pero también tendrá el Estado una estrategia propositiva: al hombre inferior habrá que educarlo, y entonces la Escuela será la herramienta de nacionalización preponderante. De allí el tono pedagógico y la enorme injerencia en las instituciones educativas del discurso positivista.

En todo caso, la biblioteca positivista debe leerse signada por esta defensa de la seguridad social, eufemismo utilizado en la disputa por la conservación del lugar de la elite gobernante que, acechada, ya sea material ya sea simbólicamente, se arrojó a pensar desde y hacia el Estado como si este “teatro de operaciones” fuera su personal laboratorio experimental. Y debe leerse, también, como la estrategia de garantizar por una elite intelectual las condiciones de posibilidad de la formación y consolidación del Estado-Nación. En ese recorrido, el positivismo argentino expresó y resguardó la autopercepción del Estado, que se reconoce necesariamente en su encuentro con aquello otro de sí. Un “otro” (antes el indio, luego el gaucho, ahora el inmigrante) que, sin embargo, persiste en su interior, ya sea simbólicamente (por ejemplo, la mitificación del gaucho realiza por Lugones). Un “otro” negado pero que es potencia, como lo dicta la dialéctica hegeliana del Amo-Esclavo. Es así entonces, como el positivismo encarnó un discurso nacional y perdurable, gracias a la eficacia de una mirada omnicomprendensiva que *simuló racionalidad* en su proyección institucional sobre el caos.

Gustavo Ignacio Míguez y Nicolás Reydó



Cráneo de un Mastodon, Adolph Methfessel (bajo la dirección de Carlos Burmeister). La ilustración fue publicada en *Los caballos fósiles de la pampa argentina* de Burmeister, en su edición de 1889.

Raíces del árbol positivista

El positivismo, como toda corriente de pensamiento, cuenta con más de un origen. Se puede, sin embargo, hablar de una raíz muy fuerte: la Ilustración. Son muchas las características que el pensamiento positivista tomará de la Ilustración, tanto a nivel mundial como nacional. En las siguientes líneas explicaremos cómo ha influido la Ilustración en el pensamiento positivista y de qué manera se ha dado este proceso en nuestro país. En el territorio argentino, la relación con el mundo ilustrado tendrá sus inicios en los viajes ultramarinos, continuando luego con la importación de obras, y concluyendo en producciones de la propia intelectualidad local, que serán nutrientes esenciales del futuro positivismo.

Cándido, de Voltaire; *Cartas persas*, de Montesquieu, e incluso la *L'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, son ejemplos de cómo los diferentes viajes de carácter científico no sólo influyeron, sino que resultaron fundamentales para la existencia de la Ilustración. En lo que será la Argentina, existen varios ejemplos similares, como los de Thomas Falkner y Félix de Azara, quienes, aun siendo posteriores a la mayoría, realizaron minuciosas descripciones de sus viajes por la actual Argentina, manteniendo en sus textos las formas y prácticas típicas de la Ilustración en sus relatos. Esta tradición se caracteriza por detalladas descripciones sistemáticas y explicaciones pormenorizadas, y resulta funcional a la ciencia europea, que intenta apropiarse de la naturaleza y la sociedad de los lugares que visita, tomados a veces como un todo asimilable. Esta apropiación del “otro”, tanto natural como social, fue fundamental para la conformación acabada de la Ilustración, como se observa en la *Encyclopédie*, y posteriormente influyó en el pensamiento occidental para dejar una fuerte impronta en el positivismo.

En la actualidad, la mayor parte de los historiadores critican la visión que considera a la Ilustración como factor fundamental para la revolución francesa, pero la elite criolla del siglo XIX, en cambio, consideraba las ideas ilustradas como parte fundamental para desencadenar la revolución. Es por esto que, con la revolución en la cabeza, los diferentes ilustrados americanos decidieron importar este pensamiento a través de diferentes textos. El *Teatro de la agricultura y cultivo de los campos*, obra de Olivier de Serres publicada por primera vez en el año 1600 es uno de estos casos: escrita en Francia, se considera uno de los primeros cursos de agricultura y de economía rural y científica, y muestra un mundo que podía ser catalogado y analizado funcionalmente a través de un concepto fundamental: la razón y la ciencia aplicada.

Más allá de este ejemplo, es claro el lugar central que ocupa la traducción de *Del contrato social ó principios del derecho político* de Rousseau hecha por Mariano Moreno, que no sólo fue una traducción, sino que resulta un claro testimonio de un pensamiento original que se plasmaba en las modificaciones y omisiones que el miembro de la primera junta realizó en la obra. Además, este libro es la muestra del verdadero poder de la razón, que no se conforma con apropiarse de la realidad y pretende actuar sobre ella conformando el rol del intelectual: el pensador al servicio de la transformación racional de la sociedad. Un rol troncal que trascenderá la Ilustración.

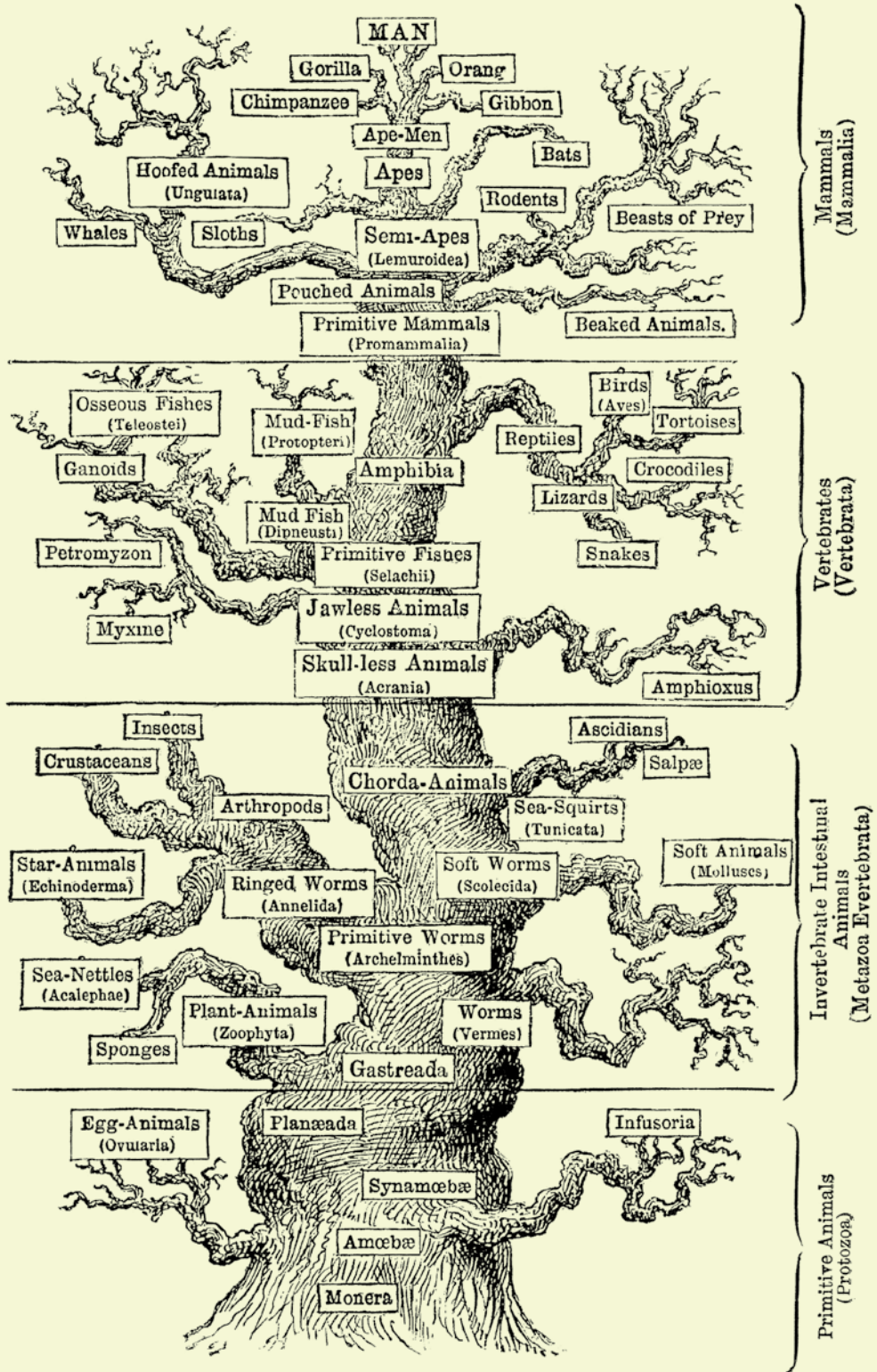


El rol activo del intelectual permitió que la Ilustración rioplatense, al igual que su contraparte europea un siglo atrás, se defina más por la circulación de ideas que por las ideas en sí. Esto último lo vemos con las múltiples publicaciones que recorrerán las calles de las ciudades del Río de la Plata, como el *Correo de Comercio*; el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*; el *Telégrafo Mercantil: rural, político, económico e historiógrafo del Río de la Plata* y la *Gazeta de Buenos Ayres*, variando sus temáticas fluidamente entre física, matemática, agricultura, economía y política. Estas mismas técnicas entrelazadas vuelven a marcar una fuerte racionalización de la sociedad para su apropiación y transformación.

Es así como las raíces ilustradas se asentaron en el suelo argentino. Desde los inicios de nuestra historia o incluso antes, este pensamiento caló hondo en la sociedad de la región. Esta raíz nutrió al positivismo argentino de múltiples conceptos y formas de pensar. En principio, como muestran los diferentes ejemplos, la Ilustración se basará en una apropiación de la naturaleza y sociedades ajenas de una forma indistinta y sistematizada, dos métodos que el positivismo heredará y refinará. En segundo lugar, encontramos el rol del intelectual, un rol que el pensamiento ilustrado definió claramente y volvió protagonista. Este rol va a seguir siendo importante en la mayoría de los pensamientos a venir, pero el acento en la transformación consciente de la realidad será central en el movimiento positivista. Por último y como concepto fundamental encontramos el imperio de la razón, uno que abarca la forma de apropiarse de la realidad y la forma en la que el intelectual la transforma. Muchos pensamientos en el pasado y a posterior intentarán transformar la realidad de la que se apropian pero sólo algunos como la Ilustración y el positivismo ponen tal enfoque en la razón como valor absolutamente central. Con estos tres nutrientes principales, las raíces del árbol positivista influyeron a un pensamiento que crecerá fuerte pocos años después del inicio de nuestra historia.

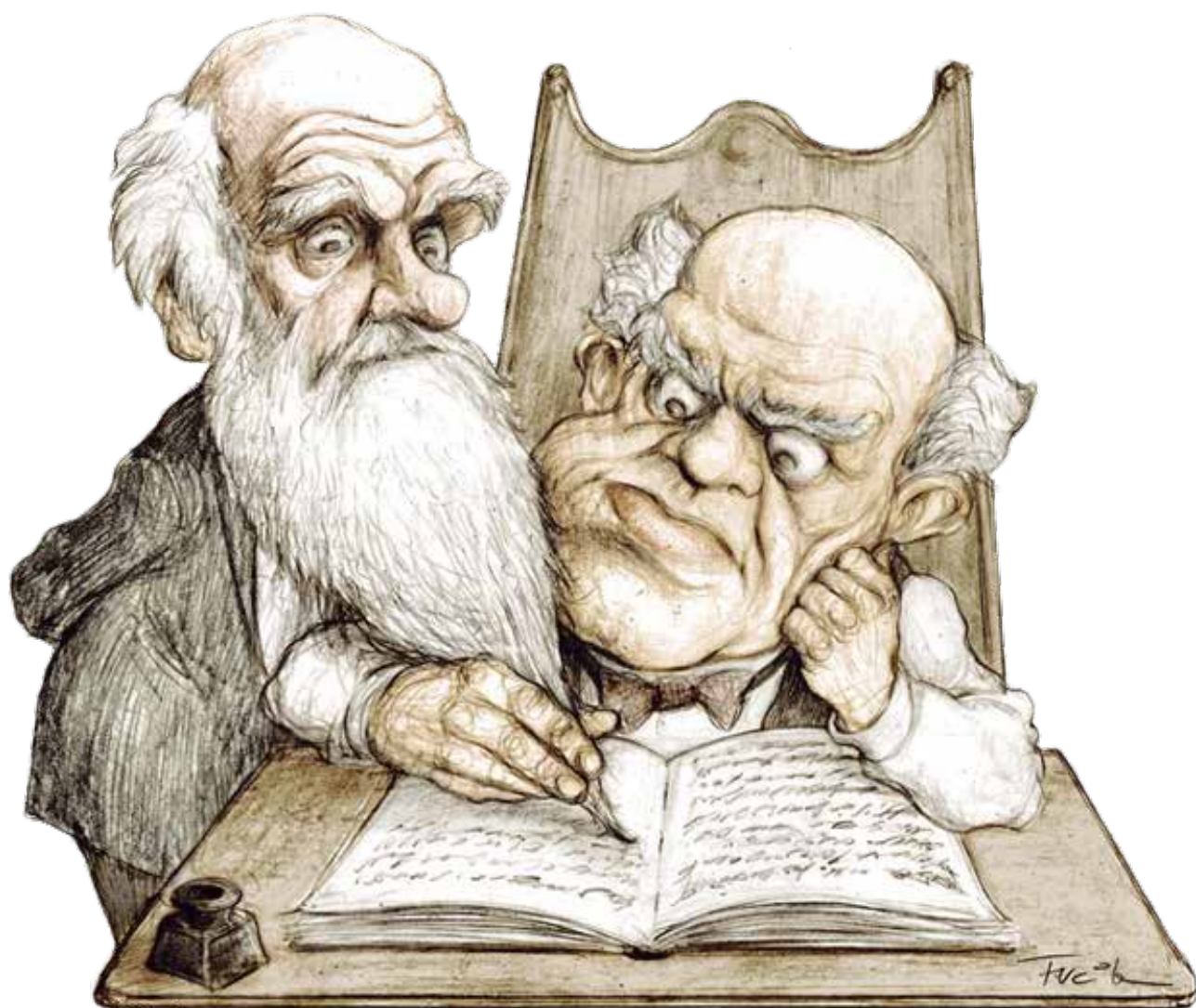
Federico Angelomé

PEDIGREE OF MAN.



The Evolution of Man: A Popular Exposition of the Principal Points of Human Ontogeny and Phylogeny, Ernst Haeckel, Nueva York, 1896. Descripción metafórica del "patrón de descendencia común universal" según la teoría postulada por Darwin en *El origen de las especies*.

Lengua de las ciencias Ciencia de las lenguas



Sarmiento y Darwin, Rodolfo Fucile, en *La Nación*, 2011.

El idioma literario del positivismo

Es posible que se diga que el olor a pueblo de las novelas naturalistas es demasiado nauseabundo. Tanto mejor: seremos como el cirujano que revuelve su mano en la inmundicia de la carne putrefacta y se inclina sobre la úlcera pestífera para estudiarla profundamente. El naturalismo será la anatomía normal y patológica de la vida social: habrá olor a cadáver, efluvios asquerosos, emanaciones repugnantes, veremos caminar el gusano y derramarse las colecciones purulentas; pero estas repelentes pesquisas, hechas a través del cieno y de la podredumbre, entre los olores cadavéricos de las fermentaciones de la muerte, nos darán el secreto de las enfermedades, indicándonos sus remedios, al señalarlos las causas que las producen, porque repetiremos con la terapéutica: Sublata causa, tollitur effectus.

Benigno B. Lugones¹

Buenos Aires, Noviembre 13, 1879.

Entre comienzos de 1880 y principios del 1900 el transicional campo literario argentino se nutrió de una profusa cantidad de obras, principalmente del género novelesco, que hicieron eco de una serie de transformaciones cruciales: la consolidación del Estado, la financiarización de la economía, el desarrollo de los ferrocarriles, la modernización de la ciudad y la llegada de una masiva inmigración europea al país, entre algunos de los fenómenos más destacados por la historiografía y los estudios culturales referidos al período. El positivismo entendido como un acervo de nociones científicas y culturales dominantes en la época recaló inevitablemente en la literatura nacional y se configuró como una lengua específica, capaz de habitarla con comodidad a la hora de pensar el conjunto de novedades sociales del momento.

La argamasa conceptual y lexical del positivismo se esparció sobre el conjunto de la literatura argentina, con preferencias sin dudas, pero sin relegar variedades genéricas y temáticas. *¿Inocentes o culpables?* (1884), de Antonio Argerich; *Irresponsable* (1889), de Manuel Podestá; *Libro extraño* (1894-1902), de Francisco Sicardi, o *En la sangre* (1887), de Eugenio Cambaceres son algunas de las novelas más representativas de la llamada corriente naturalista, quizás la estética que en su modulación local resultó más afín a las ideas científicas hegemónicas (no

por casualidad los tres primeros fueron médicos de carrera) y que deparó el mayor interés desde el punto de vista literario. Al contrario de lo que suele afirmarse, la élite ilustrada de aquel tiempo no apreció con unanimidad el arribo de la escuela naturalista francesa a nuestros pagos. La polémica desatada en las páginas de *La Nación* a raíz de la publicación de fragmentos de *La taberna*, de Émile Zola, fue el puntapié para que Benigno Lugones realizara una encendida defensa de dicha corriente en ese mismo periódico, como puede leerse en el epígrafe que sirve de introducción a este artículo. En el caso del llamado “Ciclo de la bolsa”, se destacaron *La bolsa* (1891), de Julián Martel, y *Quilito* (1891), de Carlos María Ocantos, obras en las que a la problemática del *crack* bursátil del noventa se le sumó el “estudio social” de la nueva inmigración sin obliterar una manifiesta judeofobia. En el terreno del naciente género policial, *La bolsa de huesos* (1896), de Eduardo Holmberg, dio lugar a derivas detectivescas que recurrían a la frenología para desentrañar intrigas: en el estudio de las protuberancias de un cráneo podía estar el origen de la resolución de un caso. La autobiografía y una de sus clásicas inflexiones, la novela de memorias y aprendizaje, sirvió de molde formal en la canónica *Juvenilia* de Miguel Cané para rechazar explícitamente la espiritualidad como reverso del “progre-

¹ Benigno Lugones, “Carta literaria”, en *Crónicas, folletines y otros escritos: 1879-1884*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2012.



Hospital Rivadavia, c. 1888. Archivo General de la Nación (AGN).

so” e introducir el rechazo a “los menos aptos” en las grandes instituciones educativas entendidas como escenarios de lucha por la supervivencia.

Este es apenas un recorte posible: la lista de trabajos específicamente literarios atravesados por la idea positivista podría acrecentarse. La posterior y progresiva pérdida de legitimidad de los principales preceptos científicos del período también se reflejará en la literatura. Sin embargo, algunas de las imprints temáticas y estéticas del idioma literario del positivismo persisten, aunque resignificadas al calor de nuevos contextos. De este modo en *Los siete locos* de Roberto Arlt, las nociones comteanas pasan a ser pilares no de la verdad científica sino del alucinado discurso del

Astrólogo. En *Tinieblas* y *Larvas* ya no hay lugar para explicar la miseria en términos de herencia genética, pero la prosa truculenta de Elías Castelnuovo se conforma como una exacta y mejorada continuación de la estética naturalista. Serán los *restos* de una impronta que fue hegemónica y que aún en su declive seguirá destellando en la serie literaria nacional.

Emiliano Ruiz Díaz y Eugenia Santana Goitia

Fisonomía del inmigrante

“De cabeza grande, de facciones chatas, ganchuda la nariz, saliente el labio inferior, en la expresión aviesa de sus ojos chicos y sumidos, una rapacidad de buitre se acusaba.

Llevaba un traje raído de pana gris, un sombrero redondo de alas anchas, un aro de oro en la oreja; la doble suela claveteada de sus zapatos marcaba el ritmo de su andar pesado y trabajoso sobre las piedras desiguales de la calle.

De vez en cuando, lentamente paseaba la mirada en torno suyo, daba un golpe —uno solo— al llamador de alguna puerta y, encorvado bajo el peso de la carga que soportaban sus hombros: ‘tachero?... gritaba con voz gangosa, ‘componi calderi, tachi, señora?’. Un momento, alargando el cuello, hundía la vista en el zaguán. Continuaba luego su camino entre ruidos de latón y fierro viejo. Había en su paso una resignación de buey.

Alguna mulata zarrapastrosa, desgredada, solía asomar; lo chistaba, regateaba, porfiaba, ‘alegaba’, acababa por ajustarse con él.” (*En la sangre*, de Eugenio Cambaceres.)

El imperio de la sangre

“Y víctima de las sugerencias imperiosas de la sangre, de la irresistible influencia hereditaria, del patrimonio de la raza que fatalmente con la vida, al ver la luz, le fuera transmitido, las malas, las bajas pasiones de la humanidad hicieron de pronto explosión en su alma. ¿Por qué el desdén al nombre de su padre recaía sobre él, por qué había sido arrojado al mundo marcado de antemano por el dedo de la fatalidad, condenado a ser menos que los demás, nacido de un ente despreciable, de un napolitano degradado y ruin?

¿Qué culpa tenía él de que le hubiese tocado eso en suerte para que así lo deprimieran los otros, para que se gozasen en estarlo zahiriendo, reprochándole su origen como un acto ignominioso, enrostrándole la vergüenza y el ridículo de ser hijo de un tachero?

¿Le sería dado, acaso, quitarse alguna vez de encima esa mancha, borrar el recuerdo del pasado, veríase irremediablemente destinado a ser un objeto de mofa y menosprecio, entre sus compañeros ahora, entre hombres después, cuando llegara a ser hombre también él? Un sentimiento de odio lo invadía, de odio arraigado y profundo, que no podía, que no hacía por

sofocar en su corazón contra la memoria de su padre, del viejo crápula, causa de su desgracia.” (*En la sangre*, de Eugenio Cambaceres.)

Calles del pecado

“Era una de tantas casas en que se alquilan estercoleros para que se revuelque la podredumbre que fatalmente guardan en su seno las grandes ciudades. El vicio hipócrita, contenido en la calle por temor a la represión de la ley y a la opinión pública, acude allí a satisfacer sus innobles apetitos.

Los libertinos conocen estas pocilgas inmundas y saben el precio que se cobra en cada una de ellas. Penetran con desenfado, pero prontamente, y luego llaman golpeando las manos. Entonces acude un hombre o una mujer, con más generalidad una de éstas —tratan el cuarto, le pagan adelantado, y ya después a la salida, nadie los incomoda ni ve.

[...] Es un vaivén continuo en que se repite siempre la misma escena con sólo el cambio de actores [...]” (*¿Inocentes o culpables?*, de Antonio Argerich.)

Herencia de los males

“Había algo más aún, que contribuía a explicar el desesperante estado de José, y era la herencia fisiológica recibida de sus padres.

Tanto Dorotea y Dagiore como sus respectivas familias no habían ejercitado sus cerebros en muchas generaciones, y por lo tanto, no podían transmitir ninguna buena predisposición para el franco vuelo del pensamiento.

La naturaleza no da saltos. Es preciso repetirlo una vez más. Todo se produce por eslabones graduales. La historia misma del hombre comprueba esta verdad. Por esto, un cretino nunca procreará un ser inteligente. Cuando se ha dicho que de las clases inferiores han surgido muchos grandes hombres ha sucedido indubitablemente que los progenitores han trabajado sus cerebros aplicando su fuerza a investigaciones humildes, pero no por eso menos fecundas para el progreso físico-moral de la especie humana [...] hora bien: ¿no está perfectamente comprobado que los hijos se resienten de la situación en que se encuentran sus padres en el momento de concebirlos? Si el temor domina a los progenitores en ese instante o uno de ellos se encuentra borracho, resultará seguramente un ser débil y predispuesto a infinidad de enfermedades.

Dorotea asustada y Dagiore rendido por la fatiga, al darle la vida a José, le transmitieron esa debilidad que podríamos llamar del momento funcional, agregada a la debilidad congénita de sus cerebros toscos.” (*¿Inocentes o culpables?*, de Antonio Argerich.)

Hospital psiquiátrico

“Describir en detalle el resto del hospital, sería hacer la historia de las miserias y de los dolores que se encerraban en sus cuatro paredes. Aquello era pobre, desaseado, antihigiénico, inculto.

De noche, era imponente, lúgubre, pavoroso; los grandes patios que servían de salas a los enfermos, estaban envueltos en sombras siniestras, y la escasa luz de algunos mecheros de gas, les daba un aspecto fantástico; los locos vagaban por los canteros del jardín, moviéndose lentamente, cabizbajos, hablando solos o dando gritos como aullidos de un animal extraño; hubieran hecho retroceder al más despreocupado.



Huelga en un conventillo de Buenos Aires por aumento del precio de los alquileres, 1907. AGN.

En los meses de invierno, nublados, tristes, aquella soledad, aquel silencio, tenían algo de cementerio. Los árboles desnudos, mostrando el esqueleto de sus ramas secas, heladas; uno que otro enfermo que se atrevía a cruzar rápidamente aquel descampado [...] esta repetición sucesiva de las mismas cosas, de los mismos toques, del mismo ambiente, de los mismos dolores; los heridos, los moribundos, las mismas impresiones, los mismos padecimientos, las mismas quejas, todo aquel conjunto triste, abrumador, para un espíritu débil y reflexivo, acababa por engendrar

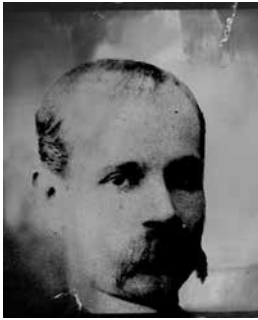
la nostalgia, y nos hacía desear la libertad, la calle, las horas fuera del hospital, como a los internos de los colegios que cuentan día por día y minuto por minuto la época de salida.

Había, sin embargo, cierta vanidad oculta en ser practicante interno, en vivir al lado de los enfermos, en estar a la mano con todos los sufrimientos y con todas las lacras, y por esto se veía en las puertas de las habitaciones el nombre de cada practicante, esculpido pacientemente, como un anticipo de gloria, en ese monumento en ruína, del que hoy no quedan sino los escombros.” (*Irresponsable*, de Manuel Podestá.)

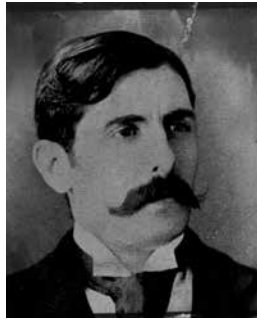
El judío

“El que hablaba masticando las palabras francesas con dientes alemanes, y no de los más puros, por cierto, era un hombre pálido, rubio, linfático, de mediana estatura, y en cuya cara antipática y afeminada se observaba esa expresión de hipócrita humildad que la costumbre de un largo servilismo ha hecho como el sello típico de la raza judía. Tenía los ojos pequeños, estriados de filamentos rojos, que denuncian a los descendientes de la tribu de Zabulón, y la nariz encorvada propia de la tribu de Ephraim. Vestía con el lujo charro del judío, el cual nunca puede llegar a adquirir la noble distinción que caracteriza al hombre de raza aria, su antagonista. Llamábase Filiberto Mackser y tenía el título de barón que había comprado en Alemania creyendo que así daba importancia a su oscuro apellido.

Iba acompañado de un joven, compatriota y correligionario suyo, que ejercía el comercio de mujeres, abasteciendo los serrallos porteños de todas las bellezas que proporcionan los mercados alemanes y orientales. También escribía en un diario de la tarde en cuyas columnas prestaba importantes servicios a los intereses judíos, consiguiendo muchas veces dirigir la opinión en favor de éstos. Era, además, presidente de un club de traficantes de carne humana, que tenía su local en las inmediaciones de una comisaría, y al cual la policía no se había permitido molestar nunca. Pero la profesión ostensible de aquel innoble personaje, era la de comerciante de alhajas, que le servía para encubrir su infame tráfico y dar un pretexto decente a sus continuos viajes al extranjero. Pálido, rubio, enclenque y de reducida estatura, sabe Dios qué extraños lazos le unían con el barón de Mackser, al que parecía tratar con exagerados miramientos.” (*La bolsa*, de Julián Martel.)



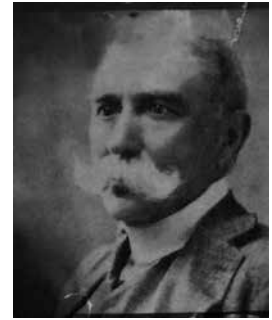
Eugenio Cambaceres



Julián Martel



Carlos María Ocantos



Miguel Cané

Causerie del maestro querido

“En ciertos momentos se olvidaba [M. Jacques], y nos hablaba en francés, que todos entendíamos entonces. ¡Qué pintura inimitable de ese maravilloso fenómeno de la vegetación, de aquellas plantas con corazón de madre, absorbiendo el letal carbono de la atmósfera, y esparciendo a raudales el oxígeno, la esencia de la vida! ¡Cómo nos hablaba de la bajeza miserable del hombre que pisotea una planta, o abate un árbol para coger un fruto! ¡Aun suena en mis oídos su palabra, y, al recordarla, aún se apodera de mi alma aquella emoción nueva e inexplicable entonces para mí!

Cuando empezó a dictar el curso de filosofía, que debía concluir tan brillantemente Pedro Goyena, dio como texto el manual en colaboración con Simón y Saisset. En la primera conferencia dijo bien claro que aquella era la filosofía ecléctica; más tarde añadió a algunos compañeros: ‘el día que yo escriba mi filosofía, comenzaré por quemar ese manual’. No ha dejado nada al respecto; pero si es posible rehacer sus ideas personales con el estudio de su naturaleza intelectual y sus opiniones científicas, no es arriesgado afirmar que, discípulo directo de Bacon, pertenecía a la escuela positivista, que hasta entonces no había tenido divulgadores como Littré, pero que antes de haberla formulado Augusto Comte, ha sido la filosofía de los hombres de ciencia, realmente superiores, en todos los tiempos.” (*Juvenilia*, de Miguel Cané.)

El enfermero

“Nuestro enfermero tenía esa peculiarísima condición. Empezaba su individuo por una mata de pelo formidable que nos traía a la idea la confusa y entremezclada vegetación de los bosques primitivos del Paraguay, de que habla Azara; veíamos su frente,

estrecha y deprimida, en raras ocasiones y a largos intervalos, como suele entreverse el vago fondo del mar, cuando una ola violenta absorbe en un instante un enorme caudal de agua para levantarlo en el espacio. Las cejas formaban un cuerpo unido y compacto con las pestañas ralas y gruesas, como si hubieran sido afeitadas desde la infancia. La palabra mejilla era un ser de razón para el infeliz, que estoy seguro jamás conoció aquella sección de su cara, oculta bajo una barba, cuyo tupido, florecencia y frutos nos traía a la memoria un ombú frondoso.

El cuerpo, cómo he dicho, era enjuto; pero un vientre enorme despertaba compasión hacia las débiles piernas por las que se hacía conducir sin piedad. El equilibrio se conservaba gracias a la previsión materna que lo había dotado de dos andenes de ferrocarril, a guisa de pies, cuyo envoltorio, a no dudarlo, consumía un cuero de baqueta entero. Un día nos confió en un momento de abandono, que nunca encontraba alpargatas hechas, y que las que obtenía, fabricadas a medida, excedían siempre los precios corrientes.

[...] Cuando le retaban, o el doctor Quinche, médico del Colegio, le decía que era un animal, lo que ocurría con regularidad y justicia todos los días, su único consuelo era, así que la borrasca se ausentaba bajo la forma del doctor Quinche, entonar su eterno e inocente estribillo. Como prototipo de torpeza, nunca he encontrado un *specimen* más completo que nuestro enfermero. Su escasa cantidad de sesos se petrificaba con la presencia del doctor, a quien había tomado un miedo feroz y de cuya ciencia médica hablaba pestes en sus ratos de confidencia. Cuando el médico le indicaba un tratamiento para un enfermo, inclinaba la cabeza en silencio, y se daba por enterado.” (*Juvenilia*, de Miguel Cané.)

Espectros de la filosofía positivista

Así, el verdadero espíritu positivo consiste, ante todo, en ver para prever, en estudiar lo que es, a fin de concluir de ello lo que será, según el dogma general de la invariabilidad de las leyes naturales.

Auguste Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo*

Buenos Aires, Aguilar, 1953.

Pensar el positivismo argentino en tanto corriente filosófica es una tarea ardua. Se podría comenzar señalando que fue una fórmula de ruptura respecto de las lecturas filosóficas que hubo durante el dominio hispano, atravesado por la tradición escolástica. Pero el acercamiento al objeto “positivismo” que nos interesa es el de las significaciones veladas, emuladas, quizás, bajo la simpleza de la siguiente ecuación paradigmática: *ciencia = filosofía*. La ecuación, a su vez, puede complejizarse a partir de un segundo nivel de equivalencias: *ciencia social = ciencia natural*. La lectura global e inferencial que se puede realizar de ambas es que, si fue posible trasladar los presupuestos —en principio, metodológicos— de las denominadas ciencias duras a las ciencias sociales, esto se debió a una primaria interpretación unilateral y omniabarcativa de la realidad desde el positivismo. La eficacia de estas fórmulas, por otra parte, debe, a su vez, ser considerada en función de la necesidad que tuvieron las elites gobernantes de recurrir a un arsenal filosófico que les diera autoridad para legitimar sus propias discusiones sobre el sistema nacional de educación, las reformas civiles y penales, la legislación obrera, la situación del inmigrante, la ley electoral, etcétera. En ese sentido, el positivismo en Argentina asumió un particular semblante, que podemos formular mediante una tercera ecuación: *positivismo = ciencia de Estado*.

En *Las vetas del texto* (1990), libro de inestimable valor que seguiremos de cerca, el filósofo argentino Jorge Dotti logra expresar este mismo andamiaje lógico en un fragmento sintético y clarificador sobre la concepción de la Ciencia en nuestro país. Vale la pena citar: “La ciencia es sólida, propone [José] Ingenieros, porque respeta la objetividad, la realidad que

está allí, incontaminada de distorsiones subjetivas, como tribunal irrecusable de toda teoría. Lo objetivo en su pura facticidad es el censor insobornable de cualquier especulación no adherible a los hechos, y la biología es la disciplina que, *liberándose de rémoras metafísicas*, ha sabido *desentrañar el riguroso determinismo* que preside todo cuanto acontece en el universo animado” (el subrayado es nuestro).

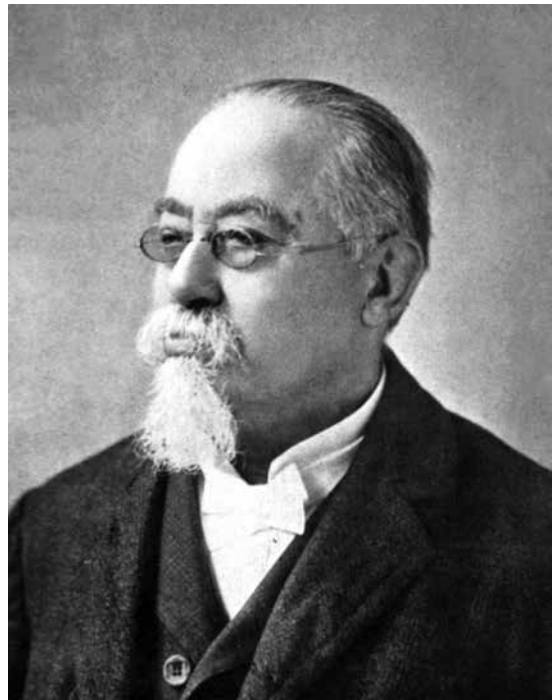
Permítasenos que, en una suerte economía textual, Ingenieros nos sirva como caso testigo para pensar los rasgos generales del positivismo argentino. Presentemos ahora, muy brevemente, los postulados que nutrieron la argamasa conceptual positivista: 1) la legalidad absoluta de la realidad *material*; 2) su transparencia, es decir, su captación inmediata por el método científico, que implica, a su vez, que la comprensión científica puede retratar “lo que es” sin interferencias ideológico-políticas; 3) la biología (spencereana, principalmente) como nueva fuente de metaforización; 4) la reducción de los actos de la voluntad práctica —la conducta moral, por ejemplo— a epifenómenos conductuales (es decir, la reducción de la subjetividad a los impulsos naturales, fisiológicos y/o biológicos); 5) la historia y lo social asimiladas a —y por— la Naturaleza.

Explicitados estos elementos, aquí nuestra hipótesis de lectura: pareciera que, en el afán por negar lo metafísico, los autores de cuño positivista no pudieron evitar elaborar, en todo caso, metafísicas alternativas. Esto se revela ya en el presupuesto nada menor de la transparencia de la realidad, que acarrea la posibilidad de captar “lo material” en su dinámica intrínseca y en su legalidad absoluta. De ser así, llegaríamos nada más y nada menos a un fundamento inmanente, material, un basamento

alternativo –desde ya– respecto de las especulaciones trascendentales y “espirituales” ante las que se irguió el positivismo, pero constructo metafísico por su carácter esencialista, al fin y al cabo. Detengámonos un poco más en este punto. El movimiento de autoafirmación del positivismo como corriente de pensamiento dominante durante la etapa de gobierno roquista se apoyó y sostuvo en la generalización de dicotomías obturadas y excluyentes.¹ En esta reducción había un término de cada binomio que debía ser o asimilado o excluido. No es de sorprender (sino más bien sintomático) que Carlos Octavio Bunge, por dar un ejemplo, en su esfuerzo analítico y descriptivo de América tuviera que apoyarse en ideas netamente esencialistas como las de Patria, Religión o Afinidades étnicas al momento de pensar la relación –excluyente– entre la cuestión de lo nacional y los inmigrantes.

Asimismo, el positivismo tuvo serios problemas para explicar en qué sentido la Naturaleza podía determinar la libertad de voluntad y las conductas morales, especulativas, de los individuos. O más bien, problemas para llevar a cabo esta tarea sin recurrir a la postulación de una *esencia* del hombre –sea que se tratara de una esencia humana, particular, o de una orgánica, general–. En ese sentido, estuvo desde su origen condicionado por la coexistencia poco pacífica del polo que se presumió descriptivo (neutral, desdogmatizado) y un polo prescriptivo, que se pretendía en armonía con aquél sobre la base de la legalidad determinante de la biología (o del “cosmos”, en palabras de Augusto Bunge, hermano de Carlos). Pese a los esfuerzos conciliatorios quedaría siempre una tensión irresuelta entre *ser* y *deber ser*. Pensemos, sin ir más lejos, en el imaginario social acerca de la rigurosidad experimental y el correcto accionar de un científico, sinónimos del comporta-

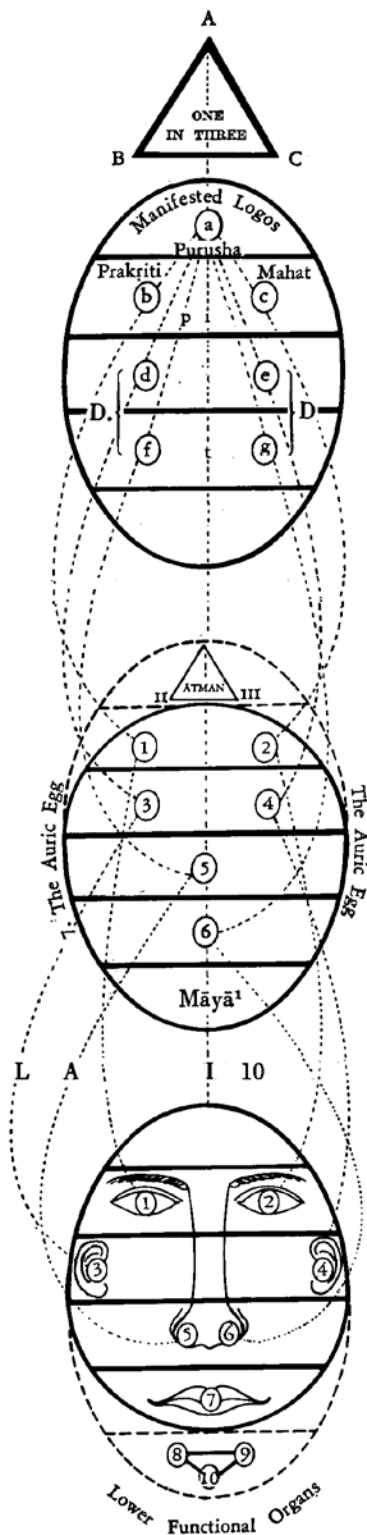
miento “serio”; un ideal moral, en otras palabras. Como señala Dotti en el libro ya citado, se trata en estos ejemplos de ideales ético-epistemológicos que se inmiscuyen sin ser invitados. Pero como diría el psicoanálisis *el retorno de lo reprimido* es, en definitiva, signo de la irreductibilidad metafísica del ser.



Ezechia Marco Lombroso, mejor conocido como Cesare Lombroso. Médico y criminólogo italiano, fundador de la Escuela Italiana de Positivismo Criminológico.

Ahora bien, con esto no queremos sino remarcar el alto grado de elasticidad del paradigma positivista. La ética, la moral, lo subjetivo, lejos de anularse, parecería que se sostienen como elementos no pacíficamente conciliables y ayudan a resquebrajar, en definitiva, la fachada de homogeneidad de esta corriente filosófica. ¿Cómo entender, por otra parte, la incursión de varios de los más eminentes positivistas en los misterios –revelados “científicamente”– de *La doctrina secreta*, de Helena Blavatsky y Henry Steel Olcott, fundadores de la Sociedad Teosófica? ¿O las fascinaciones ocultistas de miembros prominentes del campo intelectual argentino de principios de siglo? Sin ir más lejos, Leopoldo Lugones, que en esa “hermosa obra” (como la denominara Roberto Arlt) titulada *Las fuerzas extrañas* se plantea, en

¹ Se ha mencionado ya la oposición “arbitrariedad de la Metafísica versus la neutralidad y la objetividad de la Ciencia sin dogmas”. Podrían sumarse, entre otros: trascendentalidad de las ontologías versus transparencia en la captación de lo real; Individuo (alma) versus organismo; epifenómenos (como el caso de la ética) versus fenómenos; monismo metodológico, homogeneidad versus ontologías especulativas; adquirido versus innato; moralidad versus saber; ilusión de libertad versus causalidad natural, determinismo (biológico, psicológico, económico); progreso (como idea dogmática del racionalismo) versus evolución y progreso científico (por comprobación); prescripción (juicios valorativos) versus descripción (juicios lógicos, verdaderos o falsos); idealismos versus empiria.



Macrocosm, microcosm (the inner man), microcosm (the physical man), Helena Petrovna Blavatsky, en *The E.S.T. instructions*, Nueva York, The Aryan Press, 1888-1891.

palabras de María Pia López, “el problema de los límites de la racionalidad y la ciencia, y el mediador adopta la figura del *divulgador*”, y vincula a la ciencia “oscuramente con la aventura, la soledad, la locura o la muerte”.²

La vinculación entre ciencia y muerte es un problema interesante de vasta historia y profundas significancias filosóficas. Quisiéramos, al retomarlo, tensionar un poco más la reflexión que hemos estado llevando a cabo para detenernos en un momento especial de la historia de las ciencias: las repercusiones que generaron hacia el interior del positivismo las experiencias espiritistas del criminólogo italiano Cesare Lombroso –de enorme influencia entre los criminólogos argentinos–. La pregunta que nos haremos entonces es si se trató, sin más, de una verdadera traición al paradigma científico o si este viraje respecto de experimentos caracterizados por el propio Lombroso durante años como pseudocientíficos podría ser comprendido, no decimos justificado, dentro del propio andamiaje de presupuestos positivistas del cual partimos. En un artículo bastante reciente³ encontramos una sugerente hipótesis de lectura. Se resalta allí la denodada vocación científica de quienes, como el italiano, se lanzaron a estudiar las experiencias con el mundo de la muerte y lo espectral. Y se propone que Lombroso, al arrojarse con ahínco a este tipo de estudios nunca renegó del positivismo: por el contrario, lo que buscó, justamente, fue trazar “una suerte de *panóptico* de las cosas muertas, una *visión total* de sus trazas o improntas” (el subrayado es nuestro). Y es interesante señalarlo: ¿no trabajó, acaso, el italiano, con el mismo *leitmotiv* indiciario de las ciencias duras? Indiciario, decimos, porque *el positivismo siempre ha buscado la materialización de lo oculto*, de lo aún no revelado por las limitaciones técnicas, quizás fisiológicas. Lombroso, sin dudas, se abocó a estudiar al espiritismo como el científico experimental se lanza a trabajar sobre cuerpos materiales que son fotografiados, medidos y examinados hasta el último detalle. Y las sesiones espiritistas lombrosistas se convirtieron, al acumular aparatos radiométricos,

² María Pia López, *Lugones: entre la aventura y la Cruzada*, Buenos Aires, Colihue, 2004. Subrayado de la autora.

³ Alessandra Violi, “Lombroso y los fantasmas de la ciencia”, en *Sans Soleil. Estudios de la imagen*, n.º 4, 2012.



Helena Petrovna Blavatsky y Henry Steel Olcott, cofundadores en 1875 de la Sociedad Teosófica. La Sociedad profesaba la posibilidad de alcanzar la sabiduría divina a través del autodesarrollo espiritual gracias a ciertas verdades olvidadas y hoy sólo rastreables en los textos sagrados religiosos, en las filosofías occidentales y orientales y en los propios desarrollos de la ciencia moderna.

dinamómetros y placas fotográficas, en algo análogo a los laboratorios experimentales.

Para concluir, La epistemología positivista se pensó al servicio del acceso de aquello otrora inalcanzable al común de los hombres. El caso de Lombroso (podríamos citar también las fascinaciones ocultistas de la época, o la irrupción de Logias teosóficas, que dejaremos para otro análisis) abre la siguiente pregunta: ¿no será que la máxima ambición del proyecto positivista, cruzada de “panoptistas” —como en la actualidad de genetistas—, fue finalmente el completar una “fisionomía de lo invisible”⁴, alcanzar la materialidad subyacente a lo inmaterial? *Ciencia = visibilizar lo invisible*. Esta nueva

formulación bien podría ser el corolario de la cadena lógica de equivalencias que inició nuestra reflexión. De ser así, entonces, habría que considerar seriamente si Lombroso no fue un pionero al aventurarse con franca honestidad hacia las mayores incógnitas que la Ciencia y la Filosofía, de acuerdo a Heidegger, pueden plantearnos: ¿cómo hacer asequible a nuestra comprensión la lógica del ser, de lo eterno, de la muerte (y lo que hay “más allá” de ella)?; de lo que, alejado de lo mundano, no deja de ser, no obstante, lo más seguro y cercano al ser humano.

Gustavo Ignacio Míguez y Nicolás Reydó

⁴ El término lo acuña Eduardo Rinesi en “Las formas del orden (Apuntes para una historia de la mirada)”, en González, H.; Rinesi, E. y Martínez, F., *La nación subrepticia*, Buenos Aires, El Astillero, 1997.

El socialismo argentino: Ciencia de la Historia, lucha por la vida y la tentación del agenciamiento estatal

Uno de los objetivos primarios de la irrupción socialista en el campo intelectual argentino fue el refundar la ciencia histórica encumbrada a partir de los grandes textos mitristas de las décadas predecesoras a las crisis de fines de siglo. La llamada Revolución de 1890, que puso en cuestionamiento el modelo político y puso en jaque el crecimiento económico acelerado de la década anterior por la gran miseria y la pobreza que trajo consigo en términos sociales, dio a lugar a la aparición del socialismo organizado en un partido político. Juan Bautista Justo organizó e impulsó la creación del Partido Socialista de la Argentina en 1896, luego de militar y difundir las ideas socialistas desde el periódico *La Vanguardia*, que había fundado tan sólo dos años antes. La influencia del socialismo en la vida política del país llegaría, al menos en lo que refiere a esta primera generación de autores, a un punto culminante con la elección como senador de Enrique del Valle Iberlucea en 1913, siendo el primer socialista en toda América en ocupar un cargo de esas características.

Había sido el propio Del Valle, algunos años antes de su salto legislativo, uno de los encargados de sistematizar los lineamientos generales de la concepción materialista de la Historia en Argentina (“Historia” que Justo se empeñó siempre en escribir con mayúscula, y que los socialistas, en general, diferenciaron de la crónica, la novela y la filosofía por entender que estos géneros propiciaban especulaciones ajenas al conocimiento histórico-científico, el único pasible de ser utilizado en la acción práctica revolucionaria). El 4 de agosto de 1906 dictó una reconocida conferencia titulada “Teoría materialista de la historia” en la biblioteca de la recientemente inaugurada Universidad Nacional de La Plata. Las primeras páginas de su exposición nos ponen de lleno en el tema: “Nótase en el mundo moderno una tendencia renovado-

ra de la vida humana, en el sentido de mejorar integralmente la existencia de los individuos en las sociedades donde trabajan y luchan, tendencia determinada por las condiciones materiales propias de este momento histórico, que oculta arriba de cerrazones y nubes multiformes, un porvenir de ventura colectiva. Consecuencia de esta novísima orientación de la vida ha sido la renovación científica contemporánea, pues las ideas siguen el curso de los hechos y tienen su origen en la realidad de las cosas, como las ondas de luz ruedan por el éter agitadas por el primer impulso de la energía solar y necesitan un complicado aparato fisiológico para darnos las imágenes de los cuerpos y la visión de sus formas, movimientos y colores.

La renovación de los métodos de estudio, que ha influido de manera extraordinaria sobre el desarrollo de la cultura, ha penetrado en los dominios de la Historia, ciencia y arte para los escritores apegados todavía el clasicismo; y sólo la ciencia, positiva, concreta, de investigación, de análisis, de observación de la experiencia acumulada por los siglos, de reconstrucción sintética de los hechos pasados con un criterio lógico, relativo, exacto, para los sociólogos inspirados en modernos sistemas, que explican por sus causas y motivos verdaderos el desenvolvimiento de las naciones [...]

Hasta ahora, señores, hemos hecho en la República la historia de los héroes y de los grandes personajes; pero es necesario que en adelante procuremos escribir su historia científica, y sólo lo conseguiremos cuando empleemos el método señalado por el materialismo histórico: es posible que con ese sistema reduzcamos la magnitud de ciertos cuadros y de ciertos hombres; pero en cambio, aparecerá con más relieve una entidad anónima que hizo la Revolución y creará la grandeza de la República: el Pueblo.” Quisiéramos, a continuación, decir algunas palabras sobre un autor que dio una impronta propia y única



Retrato de José Ingenieros, s. d.

a esta conjunción entre positivismo y marxismo. Hablamos, claro está, de José Ingenieros, quien a pesar de mantenerse alejado del partido de Justo desde principios de siglo fue siempre, en sus palabras, un votante fiel al socialismo.

Ya en sus escritos de juventud publicados en *La Montaña*, el periódico “socialista revolucionario” que fundó en 1897 junto a Leopoldo Lugones, Ingenieros plasmó y moldeó un entrecruzamiento del pensamiento evolucionista y la imaginación histórica y reformista del socialismo. Sus artículos presentaban como tesis central que el progreso económico y material no equivalía a progreso social y a una mejora en las condiciones de vida de las mayorías; menos aún, a un progreso moral. De esta manera, quedaba evidenciado que preocupación social y moral se autoimplicaban. Y en efecto, en esta temprana etapa a Ingenieros no le interesó tanto denunciar al capitalismo como sistema de producción en crisis sino remarcar aquellos elementos miserables y parasitarios que eran consecuencia directa de tal sistema. El capitalista, el burgués, fueron vistos en *La Montaña* como parásitos chupa sangre del único productor posible de riqueza (y por tal entendiéndose, nuevamente, riqueza moral también), el hombre trabajador. Atravesado inevitablemente por postulados del darwinismo spenceriano, lugar común para la época, Ingenieros invertía, no obstante, los términos que tradicionalmente se habían adoptado en la visión elitista-clasista: no eran los pobres sino los

burgueses, al enriquecerse a costas de los demás, los parásitos del sistema y, por lo tanto, los menos aptos en la ontológica “lucha por la vida”.

¿Cuál era la meta desde la perspectiva del socialismo científicista? La unión material entre intelectuales y trabajadores, que no podía sino ser, a la vez, una unión moral en la lucha contra la acumulación de la riqueza por parte de la burguesía en el poder. Unión en la lucha colectiva por la vida, podríamos completar a partir de lo que sugiere Omar Acha en su *Historia crítica de la historiografía argentina*. Pues la concepción socialista en estos autores puso especial énfasis en que esa lucha no podía ser finalmente de individuos, de átomos chocando contra átomos, como sí lo era en el caso de autores más bien asociados a la ideología liberal conservadora, sino que se tenía que definir por la idea, también proveniente de la física, de “agregados”.

Donde más profundamente se desarrolló esta corrección a los postulados spencerianos es en la propuesta cooperativista que Justo expuso en su *Teoría y práctica de la historia*. Allí, desde cierta perspectiva iluminista, tecnocrática si se desea, también afirma que si el desarrollo histórico de la modernización y división del trabajo son momentos necesarios para la evolución social, lo son en pos de la convivencia democrática, que es la única meta y ámbito superior de la política. En ese sentido, la mecanización y parcialización de las tareas, al simplificar las operaciones manuales, favorecería la organización del obrero moderno, que al tener más tiempo disponible puede luego instruirse cívica y políticamente y, con ello, desarrollar una conciencia de clase.

La diferencia, en todo caso, de Ingenieros con Justo la encontramos en el entroncamiento racial del primero al pensar la cuestión nacional. Para el momento de escribir *Sociología argentina*, el análisis de la adaptación a los disímiles medios y la degradación racial son elementos claves en la constelación conceptual de Ingenieros. Eso sí, cabe aclarar, la lucha por la vida, que él entiende es la lucha de razas contra razas, sigue por ello mismo siendo pensada en términos colectivos. De hecho, la psicología individual, aun en sus últimos escritos, nunca dejará de ser un epifenómeno, es decir, de estar condicionada por la psicología social; psicología social que, como basamento, está determinada necesariamente por la influencia del

medio; basamento que, a su vez, siempre es consecuencia de una determinada evolución social, conformándose de esta manera un círculo de determinaciones materiales.

Desde el enfoque sociológico de Ingenieros que ahora estamos analizando, alejado largamente de sus intereses juveniles, el problema ya no es la modernización sino, por el contrario, la insuficiente modernización: la herencia negativa de la colonización española, que produjo en nuestras tierras un capitalismo disímil al desarrollado en las colonias anglosajonas. Y a estos fenómenos patológicos de las desviaciones modernizantes del capitalismo se vinculan, finalmente, al papel primario que jugará la mezcla con lo indígena. A partir de estos nuevos elementos de análisis, Ingenieros se abocará a concebir una cura, en clave reformista, para los males históricos americanos.

Sólo resta añadir, para finalizar, que esta búsqueda medicalizante irá acompañada de una profundización higienista y criminológica en la mirada

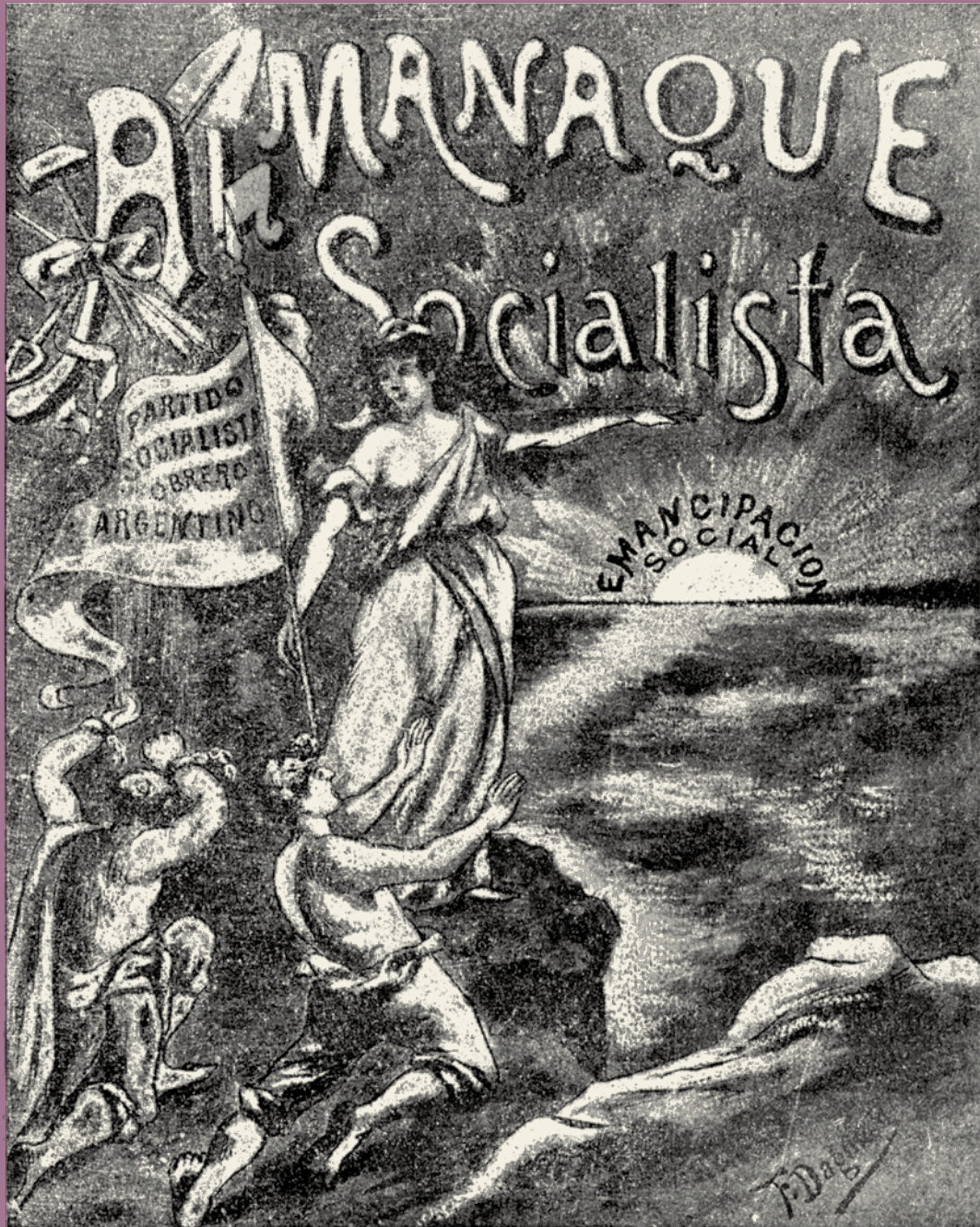
científica de Ingenieros, lo que explicará su desembarco en ese lugar privilegiado de la intervención científica hacia esos años: los organismos e instituciones estatales de control social, únicos espacios capaces de materializar los proyectos prescriptivos de reformas en todo el territorio. Recordemos que Ingenieros ocupará el rol de jefe del Servicio de Observación de Alienados de la Policía de la Capital y será también director del Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires. La crítica de aquel joven socialista a la burguesía perderá relevancia y las cuestiones del crimen, del delito, de la simulación y de la locura serán ahora sus temas predilectos en este segundo período de su producción intelectual. Asumida su responsabilidad como agente estatal, el interés por lo social dejará paulatinamente lugar al problema de la Nación; los intereses revolucionarios, al análisis de los problemas que no podían sino preocupar a quien, como otros en su generación, se autopercibió como veedor de la salud social de los argentinos.

Gustavo Ignacio Míguez



“Socialismo: Estos dos personajes [el obrero y la República Argentina] viven en demasiada buena inteligencia, para que pueda yo, romper la armonía que existe entre ellos.” *El Mosquito*, Buenos Aires, 28 de abril de 1889.

AÑO 1899



DE "LA VANGUARDIA"

Portada del **Almanaque socialista**, *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1899.

Ciencia para la vida: la difusión de la eugenesia y el higienismo en clave socialista

En el cruce entre la adscripción positivista y el afán educador propios del socialismo argentino en sus albores, tuvieron lugar toda una serie de iniciativas para difundir entre los sectores populares las verdades suministradas por la ciencia. Sin lugar a dudas, una de sus principales estrategias radicó en el campo editorial. En el marco de una década del veinte signada por la incorporación masiva de la población a la cultura letrada, proliferarán las publicaciones destinadas a un público advenedizo pero ávido de los conocimientos que en ese entonces supieron mantener una relación directa con el sueño del ascenso social. En el año 1924, la Editorial Claridad lanza al mercado una de las colecciones más ilustrativas del

agenciamiento ciencia-educación como estrategia socialista de transformación social: la Biblioteca Científica. Se trata fundamentalmente de textos extranjeros, y en su mayoría, referidos a temáticas comprendidas dentro de lo que podríamos considerar dos de las principales teorías pertenecientes al universo positivista: la eugenesia y el higienismo. No es de extrañar, entonces, que una abrumadora cantidad de textos refieran a la cuestión de la crianza y el cuidado de los niños; a la mujer en su carácter procreador; a las dificultades y desafíos del mantenimiento de un buen matrimonio en tanto unidad fundamental y reproductora del cuerpo social; a la prevención de enfermedades venéreas o atribuidas a la ignorancia y la falta de higiene como la sífilis y la tuberculosis; a las diferencias de origen “natural” y anatómico entre los sexos y a otras temáticas afines. Las características del corpus de textos de divulgación promovidos por el socialismo a través de editoriales como Claridad, dan cuenta del exitoso maridaje entre el programa de reformas sociales propuesto por él y el paradigma positivista. La mayor parte de los textos adscriben a la línea lamarckiana de la teoría evolucionista que atribuye una mayor importancia en el desarrollo de los seres humanos a las influencias del ambiente por sobre los caracteres heredados. Como es de esperar, el concepto de “raza” no suele tener demasiado protagonismo en ninguna de las obras, a pesar de la centralidad analítica que ostenta en las teorías sociales de la época. En contraste con una línea eugenésica que construye sus propuestas sobre una matriz proscriptiva, como ser la castración de los inválidos o la prohibición de determinadas uniones matrimoniales, las respuestas en este caso giran en torno a la optimización de las condiciones ambientales de las madres y sus hijos en tanto garantes de la correcta reproducción y desarrollo de la especie. De esta manera, el propio discurso científico pasaría a respaldar las reivindicaciones



Detalle de la portada de *Claridad*, n.º 149, Buenos Aires, 1927.



Sin pan y sin trabajo, Ernesto de la Cárcova, 1894. Óleo sobre tela, 125,5 x 216 cm. MNBA.

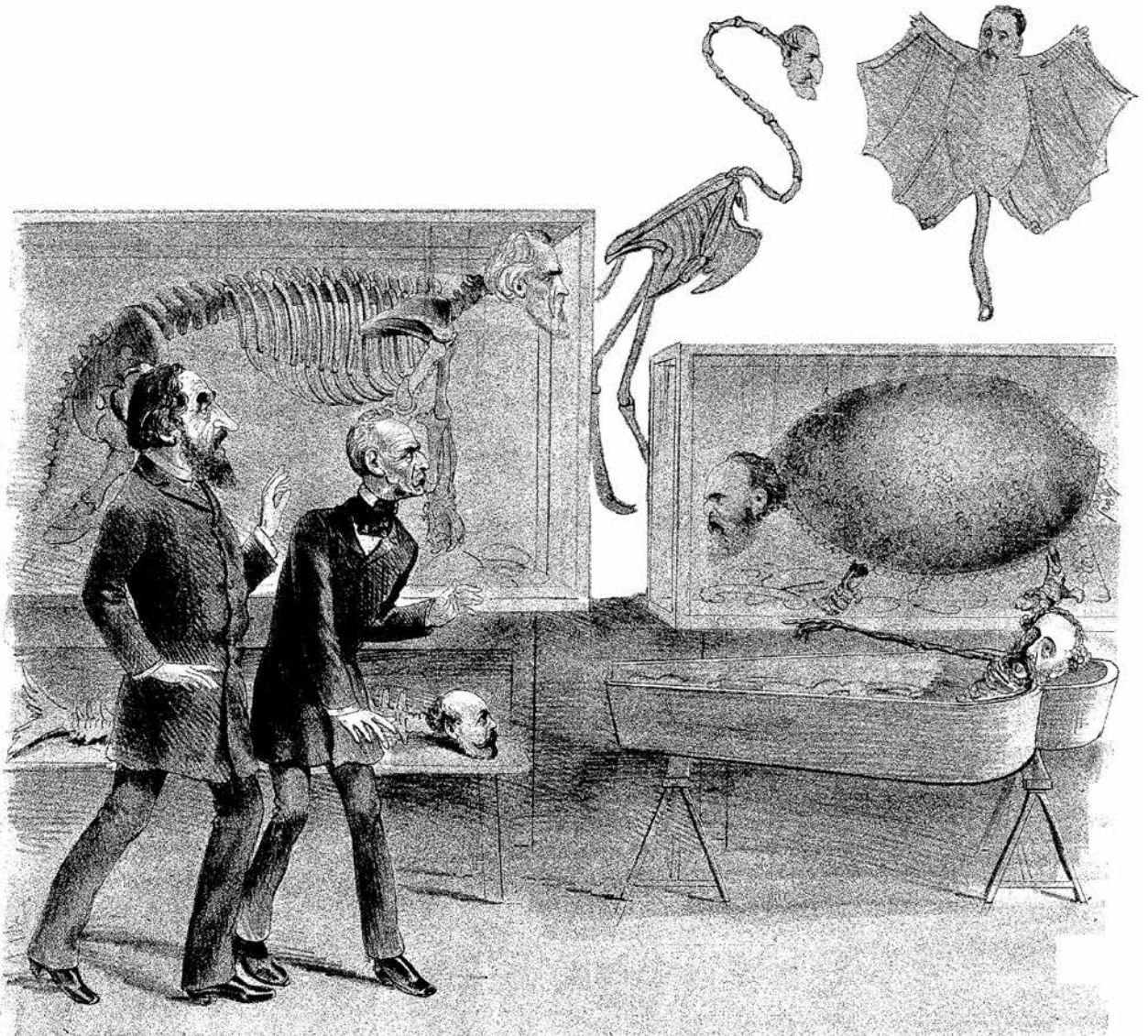
esgrimidas por los socialistas: el mejoramiento de la calidad de vida de las familias trabajadoras y la extensión de la educación, no sólo en tanto prevención de enfermedades asociadas con la ignorancia y la pobreza, sino también como herramienta de difusión de los conocimientos necesarios para mantener una vida sexual favorable a la procreación de niños sanos. Allí donde algunos postulan la respuesta represiva como cura de los males sociales y principal garantía del orden, el socialismo invierte la ecuación y se posiciona como el único espacio político con la voluntad y la razón para lograr la quimera del progreso nacional en un marco de armonía.

Como aditamento, pese al rechazo profesado por el socialismo hacia las instituciones eclesásticas, el problema de la moral en lo referido al sexo y sus intermediaciones es eje fundamental de gran número

de obras de difusión más no sea en un formato secularizado. Generalmente se intenta descorrer el velo de ignorancia sobre todo fenómeno sexual sin dejar de señalar el fin exclusivamente reproductivo que debe originar todo acto carnal. Paradójicamente, el factor placer (sobre todo en la mujer) pasa a ocupar un rol novedoso y utilitario, en tanto garante de una buena procreación y del sostenimiento de un provechoso matrimonio. De esta idea se desprende que en más de un texto se ponga especial énfasis en los derechos pero también en las obligaciones del hombre para con la mujer, no sólo en tanto proveedor del sustento sino también como marido, y por ende, partener sexual responsable de un acto sexual satisfactorio.

Florencia Paine Ubertalli Steinberg

Biologización de las culturas



La nacionalización del Museo de Buenos Aires, en *El Mosquito*, Buenos Aires, 10 de febrero de 1884.

La ilustración presenta a Mitre junto a Carlos Burmeister recorriendo el museo. El epígrafe de la ilustración es un diálogo entre Mitre y una de las momias en exhibición: "Mitre: Su colección de fósiles es admirable, Dr. [Burmeister]. Una momia egipcia: Pero, General [a Mitre], Ud. también hace parte de ella."

Conjurar al subalterno

La escena ha sido narrada muchas veces. El hombre emite un antiguo cántico, el torso desnudo, la voz trémula, mirando hacia el poniente, y cae inánime por la escalera de mármol. El ciclo de su destino se ha cerrado. Aquel que fuera el jefe de su pueblo en las heladas estepas patagónicas moría de una manera digna y brutal. Había visto desagregarse a los suyos, derrotados por el ejército roquista; los había visto perecer fusilados, esclavizados o recluidos como animales en el campo de concentración de Valcheta o en la isla Martín García. A muchos los vio morir como perros inoculados por la viruela y la sífilis. Vio a las mujeres regaladas como chinas para el servicio doméstico de las casas señoriales tras ser trasladadas en caballos de hierro hacia esa infernal máquina de daños, la ciudad. Centenares de niños fueron separados de sus madres y entregados a los misioneros salesianos, en el más vasto plan sistemático de apropiación de la historia argentina ejecutado por la iglesia católica que acompañó cada

paso de la labor de los fusiles civilizadores. Sin tierra, asesinados, desplazados, vueltos mano de obra esclava en los ingenios azucareros de Tucumán o enviados como curiosidades exóticas para ser exhibidas en los zoológicos humanos europeos, los grupos humanos que habitaban la Patagonia desde tiempos inmemoriales asistían al final de una etapa de su desarrollo histórico. A su jefe le tocaría una suerte no menos aciaga.

Capturado junto a su familia sufrió un largo periplo de humillaciones y acabó sus días como esclavo en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Expuesto como ejemplar de una raza desaparecida, trabajador gratuito, viviendo melancolizado en los sótanos, entregado al alcohol, sin el respeto de los suyos, se volvió objeto de estudio de los nuevos saberes que pretendían registrar su ocaso. Sus mujeres e hijas padecieron similar suerte. El cacique Inacayal, que de él se trata, será fotografiado con una cámara Bertillon por el aventurero norteamericano Ten Kate, quien, con Florentino Ameghino, Estanislao Zeballos, Francisco P. Moreno y Roberto Lehmann Nitsche, entre otros, construiría un relato museográfico en el que a las razas animales extintas sucedían sin solución de continuidad los grupos humanos exterminados y se coronaba con ejemplares vivientes que eran obligados a actuar sus rutinas de vida ante la mirada curiosa de los visitantes.

La vasta operación de apropiación humana fue acompañada del afán positivista de clasificación con el auxilio de las ciencias y tecnologías de la época. La destrucción de la subjetividad fue ejecutada mediante un movimiento conceptual de taxonomización de sus rasgos raciales y la recopilación de sus marcas étnicas. Así, la craneología y demás ciencias adscriptas a la antropología física eran los saberes aplicados tanto sobre cuerpos vivos como muertos: cazadores de trofeos de guerra, profanadores de enterramientos sagrados, los sabios del museo traducían a códigos neutros el botín humano al que pretendían testimonio del triunfo de la civilización. El famoso perito Moreno, muy dado a la profanación de cementerios, dotó a la colección del museo



Huesos en la azotea del Museo Nacional, actual Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”, Buenos Aires, 1904. AGN.



Mujeres aborígenes, capturadas y obligadas a vivir en el Museo de La Plata, exhibidas como parte de las “colecciones vivientes” y trabajadoras en las obras de construcción de la institución. De izquierda a derecha: la esposa del cacique Modesto Inacayal, Sakak, hijas de Inacayal, hija del cacique Sayhueque y Trakel.

con un millar de cráneos, entre los cuales figuraba el de Sam Slick, niño tehuelche apropiado por los ingleses, que había sido su guía en Chubut. En una de sus cartas Moreno ironiza sobre su destino: refiere que Slick desconfiaba de él porque, conocedor de su pasión de coleccionista, temía que le robara la cabeza. Cosa que, dice el perito, terminó sucediendo: tras el asesinato de aquel en una pelea su cabeza acabó transformada en patrimonio nacional.

Algunos de los indígenas capturados procedían al descarnado de cadáveres de sus pares, que, vueltos esqueletos, eran exhibidos en vitrinas de a miles o investigados como curiosidades raciales. El caso emblemático de la indiecita Damiana Kryygi, apropiada durante una expedición punitiva al Chaco, resulta ejemplar: entregada al filósofo Alejandro Korn, fue derivada debido a su inadaptación –algunos dicen a su liberalidad sexual– a un hospicio, donde contrajo una enfermedad que la llevó a la muerte. Su cráneo será expuesto como caso por Lehmann Nitsche en un congreso en Alemania, de donde sería repatriada y entregada a su grupo de pertenencia –los aché– sólo décadas más tarde. Objetos de laboratorio, los indígenas fueron considerados parte del patrimonio del museo. De hecho, los miembros de GUIAS (Grupo Universitario de Investigación en Antropología Social), encabezados por Fernando Pepe, que pusieron en debate la construcción museográfica del genocidio indígena, dieron una fuerte batalla en pleno siglo XXI para que los restos de Inacayal, Foyel y Damiana, entre otros, hasta entonces inventariados y catalogados como “piezas”, fueran restituidos a sus deudos.

La Revista del Museo de La Plata recoge sin eufemismos buena parte de las atrocidades cometidas en nombre de la ciencia positiva; el registro antropométrico que sustentaba teorías raciales aparece allí refrendado por la fotografía –cerca de unas 10.000 tomas fueron efectuadas sobre el grupo de cautivos, de frente, perfil, desnudos, etc. Incluso el artista italiano Reynaldo Giudici –socialista, autor de *La sopa de los pobres*– realizó unos frescos en la entrada del museo donde se ve a Inacayal y a su familia junto a dinosaurios... El sueño utópico del damero racionalista y masónico de la ciudad tenía su correlato en la dominación científica de ese otro al que se visualizaba como peligroso. O, en todo caso, como testigo de la barbarie cometida en nombre del progreso y la civilización. Tras la limpieza étnica, el dispositivo de asimilación –la ciencia antropológica, la ciudad de diseño, la modernización de la estepa, la ciudadanización del bárbaro– tendría la función explícita de conjurar las diferencias.

En ese sentido, similar, pero un tanto más compleja, fue la suerte corrida por el gaucho, figura de transacción en la que se hibridaba el indio con el criollo dando un tipo humano campero que venía de protagonizar en el siglo anterior las revueltas e insurgencias que conmovieron la región y que ahora eran materia social disponible. Devenido emblema de algo así como una sustancia nacional puesta en riesgo por el aluvión inmigratorio, el incipiente nacionalismo alarmado hizo del gaucho otrora rebelde un modelo épico pasteurizado y folclorizado, acorde al nuevo modo de producción dominante. El operador de esa deriva simbólica fue Leopoldo Lugones



Jinetes en la Pampa, fines del siglo XIX. AGN.

en sus famosas conferencias del Teatro Odeón —a las que asistió el propio Roca— que serían reunidas en 1916 bajo el título de *El Payador*. Magnífico canto de cisne de una Argentina geórgica que languidecía en sus formatos antiguos bajo los embates de la modernización propinada por la generación del ochenta, en sus páginas se propone, clásicamente, la imagen del gaucho como entidad emblemática de la argentinidad, surgido —construido— en el centro del sistema literario decimonónico bajo la forma de un poema épico, el *Martín Fierro*. El por entonces considerado nuestro vate mayor —recuérdese que habla en el momento epifánico de la república moderna— se esfuerza en rescatar la figura simbólica del gaucho sin menoscabar a sus sepultureros. La oligarquía tuvo la inteligencia y patriotismo de preparar la democracia contra su propio interés en nombre de la futura grandeza de la nación —sostiene, inverosímil. Aunque —trata de matizar—, ello no disculpa ninguno de sus errores, entre los cuales figura la destrucción del gaucho. Si la salvación y la libertad fueron obra del gaucho —vencida la revolución, sólo los hombres de Güemes, cuyas hazañas cantara en *La Guerra Gaucha*, resistieron, afirma— el destino le jugó una mala pasada. “La política que tanto lo explotó, nada hizo para mejorarlo”. “Él, como hijo de la tierra, tuvo todos los deberes, pero ni un solo derecho, a pesar de las leyes democráticas”. Paria en su tierra, fue pospuesto por el inmigrante que valorizaba la tierra para la burguesía. “Ya no necesitaba de él la patria injusta, entonces se fue el generoso. Herido al alma, ahogó varonilmente su gemido en canciones.” Aunque menos lírico, el destino del gaucho no resultó

menos aciago. El alambrado había acabado con su errancia, la intemperie ahora tenía dueño y su pericia en los oficios rurales era requerida apenas para abastecer frigoríficos en los arrabales de la ciudad. El ejército, a través del servicio militar obligatorio, había domeñado su cuerpo acorde a las disciplinas fabriles que demandaban mano de obra dócil; su antiguo rol de matador en las guerras civiles era reformulado en las policías bravas encargadas de mantener el nuevo orden social. Sobre todo ante la emergencia de las multitudes como actor histórico que descalabraban la ciudad señorial reclamando derechos. Así, el discurso positivista, en un doble movimiento, a la vez que construía la emblemización de la imagen del gaucho en la literatura abonaba la hipótesis punitiva al volver visibles a figuras como Hormiga Negra o Juan Moreira. El “gaucho malo” del *Facundo* volvía amenazante, y se prodigaba en casos policiales, desprovistos ya de épica, arrojando ya no héroes sino sujetos de control carcelario. Macedonio Fernández resumió el dilema abierto por Lugones en un chiste con aires de zen criollo: “Los gauchos son un invento de los estancieros para entretener a los caballos”. Aquella creación ficcional de un estanciero federal, que fue el gaucho Martín Fierro, proclamada su extinción como figura histórica en la escena oligárquica para poder devenir figura simbólica, emblema que anuda naturaleza y cultura, daría con la suerte de todo mito: sus transmutaciones, sus encarnaciones históricas sucesivas, aún cifrarán el destino patrio. Pero esa es parte de otra historia.

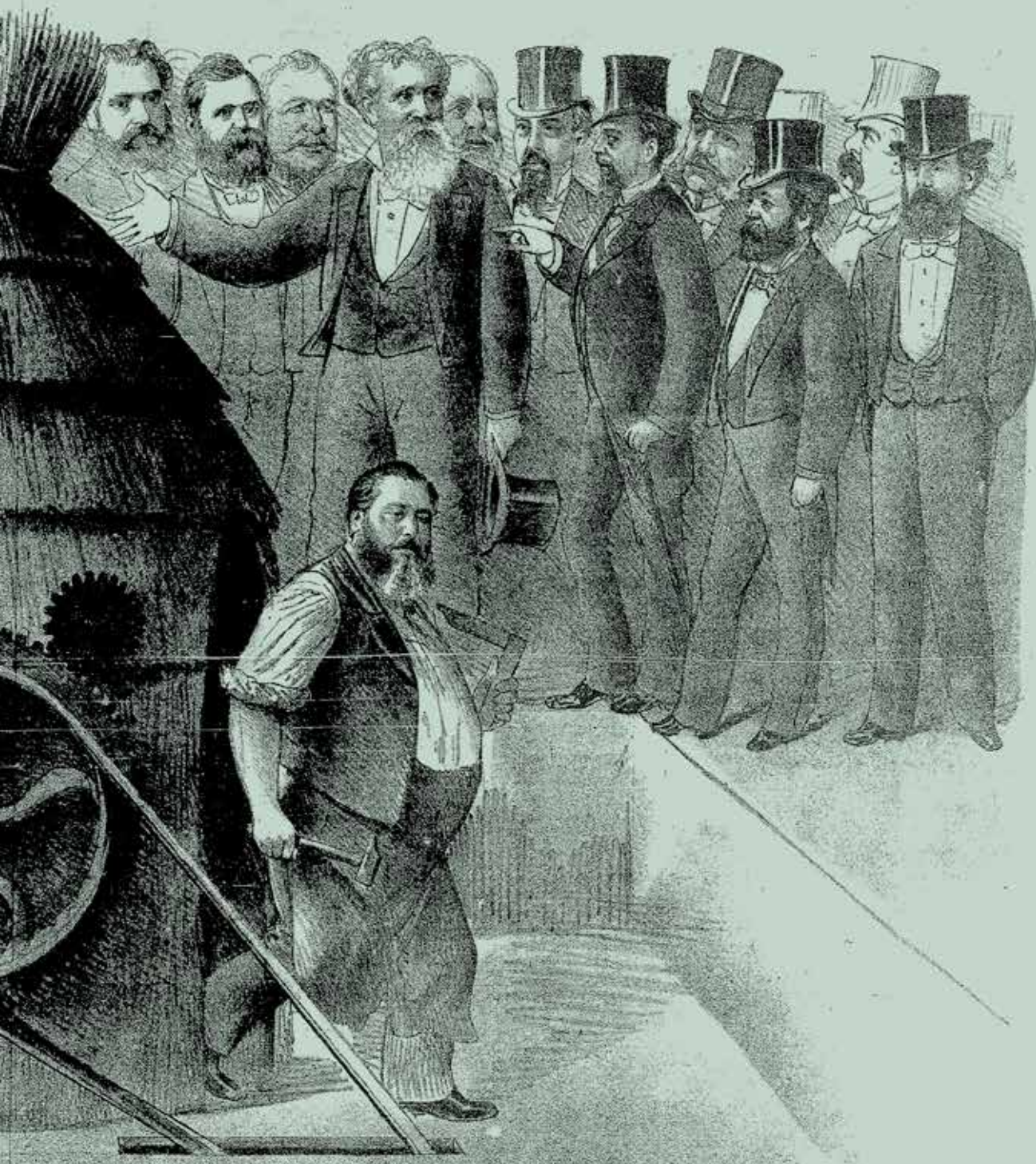
Guillermo David

EL MOSQUITO - INAUGURACION DE



URAIEN - Exelencia: el Club Industrial es esta maquina cuyo objeto es transformar la m...
del pais.

LA EXPOSICION CONTINENTAL



galería-prima. Hago con Martín Fierro un tradajador que coopera a la gloria y a la riqueza.



Florentino Ameghino en su depósito arqueológico, 1902. AGN.

Ameghino: la antigüedad de la “ciencia” en el Río de la Plata

Admirado por Sarmiento, Lugones y Ramos Mejía, entre muchos otros, Florentino Ameghino, etiquetado por la posteridad como el primer científico argentino, fue una de figuras centrales de la corriente positivista argentina hacia fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Geólogo, paleontólogo, arqueólogo, zoólogo –naturalista sin más– de formación autodidacta, entre sus influencias, se nutrió de las obras de Lamarck, Darwin, Cuvier, Blainville, Owen, Gervais y de Burmeister.

Su fama como naturalista trascendió más allá de la Argentina –muchas de sus obras fueron traducidas por él mismo al francés– fundamentalmente en el área paleontológica al descubrir y fundar, conjuntamente con su hermano y compañero de trabajo Carlos Ameghino, más de 6.000 especies distintas de fósiles mamíferos en la Pampa. Esta sociedad familiar se completaba con el menor de los hermanos, Juan, encargado de la librería familiar con la que se reunían fondos para las expediciones. Así, Florentino organiza la vida económica de la familia, con una empresa literaria dedicada también a la compra y venta de fósiles.

En pos de construirse a sí mismo y legitimarse como una figura pública, Florentino comienza publicando en la prensa local de Mercedes artículos sobre hallazgos arqueológicos y paleontológicos, y empieza a formar sus primeras colecciones de fósiles. Sin embargo, hombre más teórico que de terreno, el método con el que Florentino Ameghino guió sus investigaciones naturalistas fue expuesto en su primera gran obra, *Filogenia* (1884) –libro de clasificación de vertebrados y mamíferos ubicado dentro del “transformismo evolucionista” que dominaba como nueva corriente de la época– como “zoología matemática”. La zoología matemática complementaba el trabajo de la “zoología descriptiva”. Es decir, el método aseguraba que conociendo el “resultado” de las especies existentes o actuales, que proporcionaba por medio de “hechos observables” la zoología des-

criptiva, se deduciera entonces –siguiendo la cadena evolutiva– los “factores” intermedios y anteriores, representados por las especies extinguidas. De ese modo, la zoología matemática se presenta como un método en donde el investigador asume un rol neutral, ya que, en su labor clasificatoria, operando con su razón calculadora, sólo se limita a adicionar y sustraer en la cadena evolutiva de las especies formando “la verdadera clasificación natural”.

Ese afán como ideal o supuesto positivista de la neutralidad científica será lo que Ameghino plantará como estandarte en su disputa “contra el dogmatismo teológico y eclesiástico” –hecho rescatado por Lugones en su faceta más anticlerical– en su concepción del “Universo”. Así lo explicita, ya en su vejez, en su disertación de 1906 en la fiesta conmemorativa de la Sociedad Científica Argentina, luego reproducida en su obra *Mi credo*. Allí, escrito en un tono de misticismo-científico, define cuáles fueron y son los supuestos teóricos de los que él partió en sus investigaciones: “Defino al universo como: constituido por un infinito tangible, la materia; y tres infinitos inmateriales, espacio, tiempo y movimientos”. Ameghino, deja así establecido la base de lo que llamó “una religión más próxima a la verdad”. Sin embargo, historizando un poco, la labor ameghiniana está inscrita en un contexto institucional muy pobre. El Estado argentino en formación no garantiza la reproducción del campo de investigación de la historia natural, no existe aún un proyecto en ese sentido. Los museos públicos no tienen inventariado su patrimonio: sus colecciones y grupos de objetos no se encuentran aún catalogados. Al mismo tiempo coexisten una multiplicidad de disciplinas y dispositivos poco homogéneos en la ciencia de finales del siglo XIX: teñida por el espectáculo, los museos ambulantes de “charlatanes”, las ferias universales. Es por ello que será una familia de ascendencia italiana –los Ameghino– quienes bajo la

batuta de Florentino –aisladamente, en un primer momento– se encargarán de organizar, en parte, lo que los museos y entidades científicas no pudieron o no tenían el propósito de llevar a cabo. (Recién en 1886 Francisco Moreno nombrará a Florentino secretario y vicerrector del Museo de La Plata.)

A la luz de todo lo dicho, se insiste, Florentino legitima su tarea intelectual pionera. Así por ejemplo, se puede mencionar también que entre sus actividades, Ameghino fue el gran iniciador de la geología estratigráfica del suelo argentino, que hasta entonces no había sido clasificado en capas ni se conocía su antigüedad, ni tampoco los restos fósiles encontrados en cada una de ellas. Con lo que logró datar temporalmente los distintos fósiles que encontraba en las distintas capas que él mismo nombró como Pampeana, Araucana, Entrerriana, Guaranítica, Chubutense, entre otras.

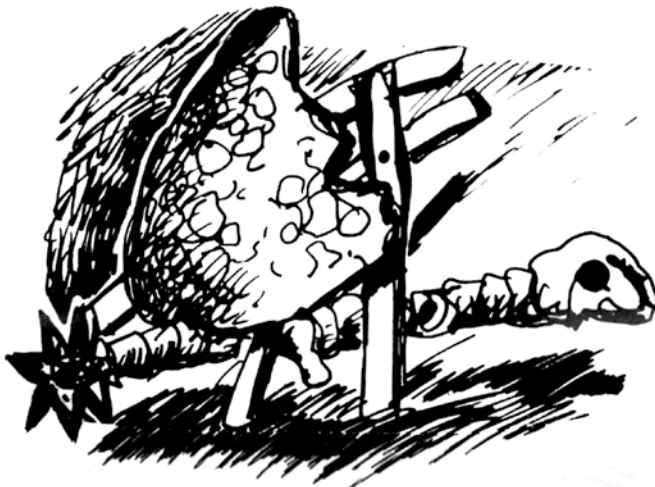
Y más también, en *La antigüedad del hombre en el Río de la Plata* (1878) Ameghino presenta su original teoría de la existencia del hombre en el terciario en nuestras pampas, es decir, en la escala temporal geológica que recorre el período temporal que comenzó hace 23,03 millones de años y terminó hace 5.332 millones. Con lo que la antigüedad del Prothomo (*homo pampeus*), habría convivido con los “mega-mamíferos” extinguidos de la formación pampeana. Ameghino justificará tal teoría en los restos de homínidos por él hallados. Años más tarde –muerto Ameghino– otro naturalista como Alex Hrdlička, de origen checo-estadounidense, refutará la veracidad de tales hallazgos

sosteniendo que no corresponden a la era terciaria sino a la posterior –cuaternaria– y que muchos de esos fósiles no eran de humanos sino de felinos, y que, además, tenían “tan sólo” una antigüedad de aproximadamente 10.000 años.

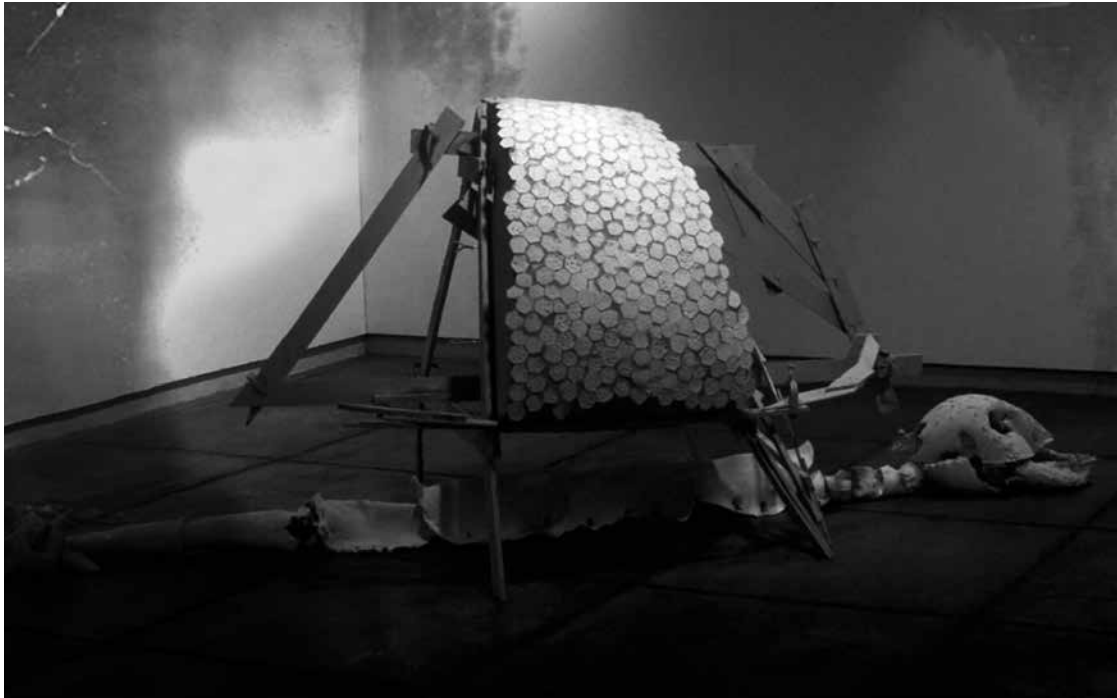
Aún e incluso más allá de estos “deslices” conscientes o no –extremados luego por su hermano Carlos en el llamado “fraude de Miramar”¹– la moral laica –aunque de resabios escolásticos– de Florentino Ameghino fortalece lo que serán luego los discursos normalizadores pedagógicos del Estado-Nación en formación. En efecto, Torcelli, quien fue luego de muerto Florentino el editor de sus obras completas, fue un maestro sordo mudo socialista, que editó y tamizó la obra de Ameghino desde una cultura escolar y una moral socialista anticlerical. Es también, en ese mismo sentido, la tarea de apropiación que tras la muerte de Florentino en 1911 realizan Lugones con su *Elogio de Ameghino* (1915) e Ingenieros con *Las doctrinas de Ameghino: la tierra, la vida y el hombre* (1919). Apropiación que tiene por objeto, por un lado, un modo de reconocimiento y de homenaje al científico Ameghino. Pero, por otro lado, también un modo de inscripción y legitimación de los propios discursos, en lo que fue también un dispositivo de construcción de una tradición intelectual nacional heredada. Tradición ligada a una corriente de pensamiento, la ciencia positiva, en donde Ingenieros y Lugones mismos, no sin ambagues, se reconocían. Tarea realizada, toda ella, bajo el contexto del auge de los discursos del Centenario, y de sus años próximos, que derivó en la formación de un pensamiento nacional, de matriz laica, en donde se equipara la metodología utilizada por las ciencias de la biología y la ciencias humanas o sociales. En efecto, citando a Ingenieros en la obra ya mencionada Ameghino utilizó en las ciencias de la biología “el mismo método genético que nosotros aplicamos en las ciencias sociales”.

Javier Barrio y Nicolás Reydó

CLORINDO TESTA “Gliptodonte” 1988



¹ Carlos “encuentra” las evidencias de la actividad de un homínido fósil sudamericano, de un millón de años de antigüedad, en un acantilado de Miramar. Se trataba del fémur de un toxodonte flechado por un Prothomo en una estratigrafía de un millón de años. El Hombre de Miramar se termina de configurar con el hallazgo de unas boleadoras de piedra en las cercanías del fósil. Tiempo después se descubre el fraude consciente de esos hallazgos.



El andamiaje-gliptodonte, Clorindo Testa. Térmica, papel, madera y barro.

Al momento de iniciar la excavación para la construcción del actual edificio de la Biblioteca Nacional se encontraron restos fósiles de un gliptodonte, animal que habitó la Patagonia y del que Ameghino halló distintas especies. La forma del edificio de la Biblioteca se asemeja, por inspiración de su arquitecto Testa, a la forma de un gliptodonte.

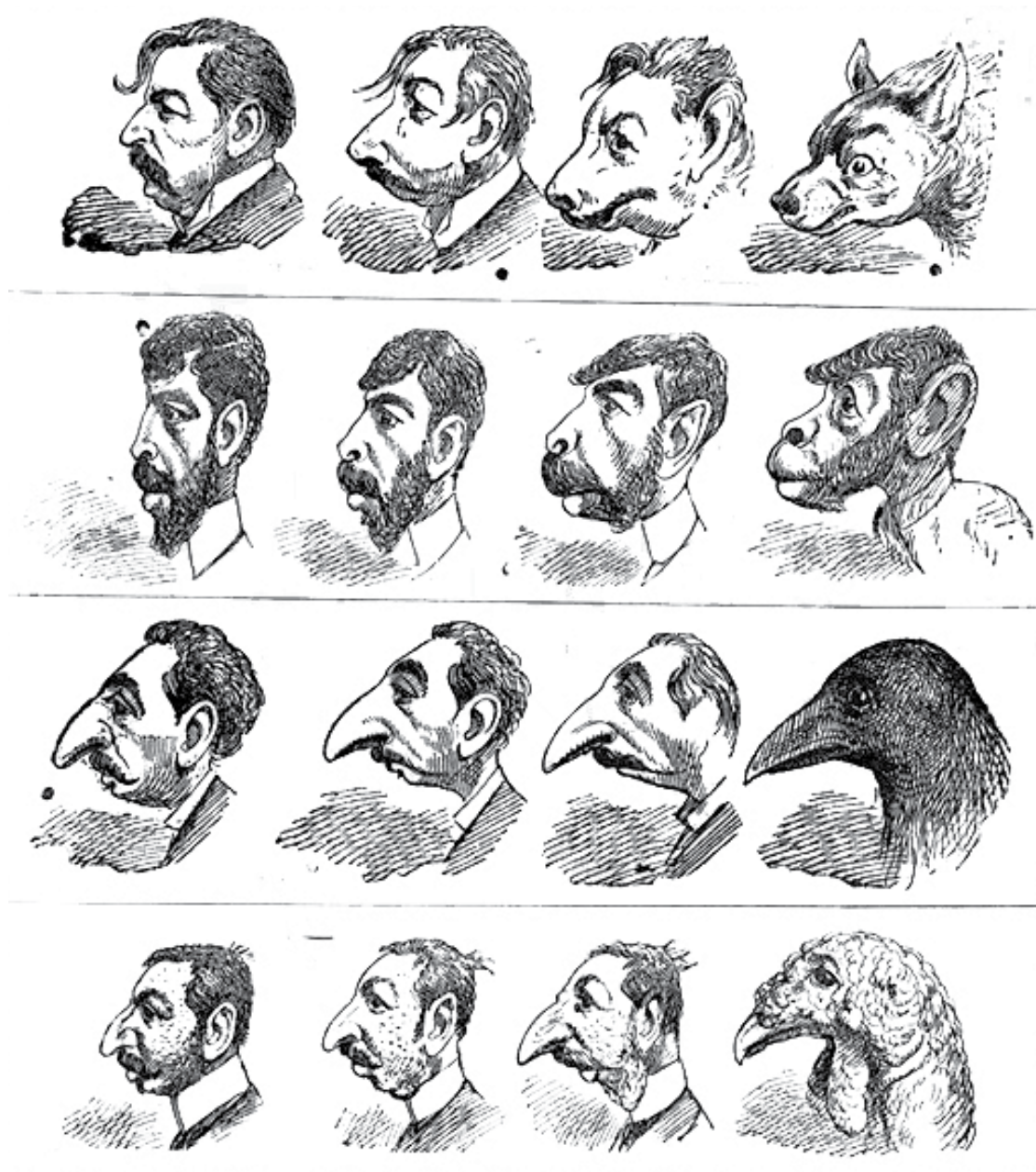
“Todo resultado reconoce una causa, tiene sus factores. Si conocemos el resultado y uno o más factores, ¿cómo no poder descubrir los demás? En Aritmética, conociendo los resultados se determinan los factores. En zoología, conocemos el resultado, que es el admirable conjunto de los seres actuales, y conocemos un sin fin de factores, que son lo extinguidos. Con ayuda de unos y otros ¿cómo no hemos de poder arribar a un resultado satisfactorio?” (Florentino Ameghino, *Filogenia. Principios de clasificación transformista basados sobre leyes naturales y proporciones matemáticas*, Buenos Aires, Félix Lajoune, 1884.)

“Las clasificaciones son indispensables; y deben conservarse sus grandes divisiones jerárquicas de clases, órdenes, familias y géneros. Necesitase además como auxiliares indispensables los términos inferiores, pero éstos serán siempre artificiales abstractos, porque la naturaleza, del mismo modo que no ha creado órdenes, ni familias, ni géneros no ha creado tampoco especies, ni razas, ni variedades.” (Florentino Ame-

ghino, *Filogenia. Principios de clasificación transformista basados sobre leyes naturales y proporciones matemáticas*, Buenos Aires, Félix Lajoune, 1884.)

“El transformismo tiende a establecer la unidad orgánica demostrando que las diferentes especies de animales que pueblan y han poblado la superficie de la tierra tuvieron origen en simples variedades y éstas no son sino formas precursoras de la especie. Que ninguna de las especies vegetales y animales que actualmente pueblan la superficie de la tierra es de origen primordial, que todas son debidas a una serie indefinida de transformaciones verificadas lentamente durante un inmenso número de millares de años, que no son más que formas derivadas de otra preexistentes, que a su vez tuvieron origen en otras anteriores, de modo que los vegetales y animales actuales no son más que las últimas ramificaciones de un árbol inmenso, infinitamente ramificado.” (Florentino Ameghino, *La antigüedad del hombre en el Río de La Plata*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1918 [publicada originalmente en 1880].)

Antropología y sociología criminal



DARWINISMO... AL REVÉS



Las multitudes inmigratorias

Entre 1857 y 1920 llegaron a la Argentina 5.481.276 de inmigrantes. En 1914 representaban el 30% de la población total del país, y alrededor del 70% de la población masculina de la actual ciudad de Buenos Aires. Ante el arribo masivo de nuevos habitantes, el Estado, que en un principio favorecía la llegada de los inmigrantes europeos para la expansión y la civilización del territorio argentino, comenzó a replantearse qué hacer ante este aumento poblacional repentino. En efecto, no sólo era problemática la llegada de trabajadores no calificados –contraria a la idealización previa del inmigrante europeo–, sino también su caudal.

Una de las primeras medidas gubernamentales directamente relacionada con el flujo de extranjeros fue, durante la presidencia de Avellaneda, la sanción de la Ley de Inmigración y Colonización, que aseguraba alojamiento –los hoteles de inmigrantes son, en este sentido, fundamentales– y trabajo a los recién llegados. De este modo, se buscaba facilitar su asimilación a la Nación en desarrollo.

Así como las masas, cuantitativamente, modificaron de manera drástica la fisonomía de la Argentina, constituyendo nuevos centros urbanos, también la influencia inmigratoria en la actividad obrera, intensificada por las ideas anarquistas de los italianos y españoles exiliados, comenzó a alarmar a la clase dirigente. Las huelgas obreras, por un lado, y la de inquilinos en 1907, por el otro, motivadas por el aumento de los alquileres y las condiciones de vida inhumanas en los conventillos, son dos procesos que evidencian los principales problemas de integración para las masas inmigratorias: la explotación de la mano de obra –que empieza a organizarse sindicalmente– y el déficit habitacional de las ciudades –que colapsa ante las nuevas demandas. Dentro de la corriente positivista surgen distintos enfoques para enfrentar el nuevo problema. Así, por un

lado, desde una postura excluyente, ante la organización sindical se presenta la necesidad de extirpar el problema expulsando del país a los anarquistas extranjeros que organizan el movimiento obrero. El principal representante de estas ideas es Miguel Cané –creador de la Ley de Residencia en 1902. Desde otra perspectiva, en la que se puede mencionar a José Ingenieros, la llegada de inmigrantes es vista como una gran oportunidad para la creación de una nacionalidad argentina, que, sin embargo, debe fundarse en la homogeneización de los habitantes. En *Sociología argentina*, el autor afirma que nuestro territorio es el ámbito ideal para que los inmigrantes europeos puedan crear una nueva identidad, prevaleciendo los más dotados y adaptables para que efectivamente se cumpla el objetivo buscado: “La formación de una raza argentina, entendida como una variedad nueva de las razas europeas inmigradas a un territorio propicio para su aclimatación”. Por su parte, Ramos Mejía importa y resignifica el concepto de multitud de Le Bon, para remarcar y estudiar la aparición de este nuevo fenómeno social en la Argentina. El inmigrante, a fines del siglo XIX y principios del XX, será el sujeto que actualice dicho concepto: el germen de una nueva sociedad argentina que debe ser moldeada, educada, convertida en gobernable del mismo modo en que una fiera salvaje se vuelve doméstica. Por último, el positivismo en su versión más integradora, en la figura del primer senador socialista de América: Del Valle Iberlucea –autor de *El divorcio y la emancipación civil de la mujer*, *La justificación científica del divorcio* y *Teoría materialista de la Historia*–, quien defiende ante la Cámara de Apelaciones la deportación de dos obreros expulsados como consecuencia de la ejecución de la Ley de Residencia.

Tomás Schuliaquer



“En el momento de llamarlos a almorzar o al desayuno se utilizó una sirena... Acá se sobresaltaban por el asunto de la guerra y entonces la anulaban y se colocó una campana...” (Relato de un empleado de la Dirección Nacional de Migraciones, en el audiovisual *Los antiguos hoteles de inmigrantes*).

Hombre-carbono

“A ese hombre de las multitudes —afirma— deberíamos más bien llamarle el hombre-carbono, porque en el orden político o social desempeña, por su fuerza de afinidad, las funciones de aquel en la mecánica de los cuerpos orgánicos. La afinidad del carbono por su congénere, tal es la causa de la variedad infinita, de la multitud inmensa de transformaciones del carbono, como la del hombre por sus iguales, para formar simples grupos unas veces, verdaderas multitudes, otras.” (José María Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1899.)



Ambiente familiar en el patio de un conventillo, c. 1895. Foto de Samuel Rimathé, Fototeca Benito Panunzi, Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

Nueva raza

“En el territorio argentino, emancipado hace un siglo por el pensamiento y la acción de mil o diez mil ‘euro-argentinos’, vivirá una raza compuesta por veinte o cien millones de blancos familiarizados con el baño y la lectura, símbolos de la civilización. En sus horas de recreo leerán las leyendas de las extinguidas razas indígenas y las historias de la mestizada raza colonial; y leerán también los poemas gauchescos de Martín Fierro y Santos Vega, o las novelas de Juan Moreira y Pastor Luna, renovadas ciertamente por otros escritores de raza europea, como lo fueron Hernández, Ascasubi y Gutiérrez.” (Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América*, Barcelona, Henrich y Cía., 1903.)

Europeizarse

“No hallo, pues, sino un remedio, un solo remedio contra nuestras calamidades: europeizarnos. ¿Cómo? Por el trabajo. Trabajar la tierra, la usina, la escuela, la imprenta, la opinión, el arte: desgranar el trigo, despojar de su cálido vellón la oveja, sangrar la vena del carbón y del oro, mover usinas, provocar el estímulo de las letras, los descubrimientos de las ciencias, modelar la piedra, colorear el cuadro... Nunca nos será dado cambiar nuestras sangres ni nuestra historia ni nuestros climas, pero podemos europeizar nuestras ideas, sentimientos, pasiones.” (José Ingenieros, *Sociología argentina*, Madrid, Daniel Jorro, 1913.)

Sobre las leyes

“Ley 4.144 (Ley de Residencia). [...] Artículo 2: El Poder Ejecutivo podrá ordenar la salida de todo extranjero cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público.”

La Ley de Residencia fue sancionada en el año 1902 y es autoría del escritor y senador Miguel Cané.

“Todos aquellos obreros extranjeros que desean obtener carta de ciudadanía son víctimas de un espionaje continuo, incesante.” (Enrique del Valle Iberlucea, *La ley contra extranjeros. Discurso pronunciado ante la Excm. Cámara Federal de Apelaciones de la Capital, en defensa de los obreros deportados Dante Garfagnini y Baldomero Ripoll*. Publicado en *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*, Tomo I, n.º 4, 1903.)

“Así como la religión crea el fanatismo, como los sentimientos del patriotismo originan el chauvinismo, así también el socialismo ha creado esa exageración neurótica de la revolución social que llamamos el anarquismo. Puede tal vez explicarse la existencia y el origen del anarquismo en las grandes ciudades europeas, bajo regímenes políticos anacrónicos de vida febriciente y neurasténica, en que la miseria y el alcoholismo perturban las sanas funciones del cerebro; pero entre nosotros, el anarquismo es un simple crimen sin justificación y sin atenuantes, que debemos tratar de arrancar de raíz, protegiendo esta tierra, que tal vez por su misma fertilidad es la preferida por todas esas malezas.” (Carlos Pellegrini, fragmentos de su discurso en el Congreso durante la sanción de la Ley de Defensa Social, 1910.)



Conventillo del barrio de La Boca, 1907. AGN.

Frente al aumento desmedido de alquileres y a las pésimas condiciones de vida que ofrecían los conventillos, en 1907 estalló la huelga de inquilinos en Buenos Aires, Rosario, La Plata y Bahía Blanca. Los desalojos, efectuados por la policía, fueron la forma en que el Estado decidió –o intentó– controlar estos reclamos masivos.



Retrato de frente de Cayetano Santos Godino.

Un criminal monstruoso, en *Caras y Caretas*, 14 de diciembre de 1912.

“El caso de Godino es el más extraordinario en que he intervenido en los diez años que llevo en la magistratura.

Se trata de un menor de 16 años, con estigmas degenerativos bien visibles, que tiene la tendencia a estrangular, martirizando, a los menores de ambos sexos, a quienes atrae con engaños, empleando siempre ardidces felices para despistar.

La tendencia al delito es varia, pues lo mismo estrangula a un niño, que incendia para ver trabajar a los bomberos, o roba. Es un caso curioso de estudio que, por su edad y circunstancias, tiene, bajo el punto de vista legal, que ser recluido en un lugar seguro.” (José Antonio Oro, juez de instrucción que juzgó a Cayetano Santos Godino. “Un criminal monstruoso”, en *Caras y Caretas*, 14 de diciembre de 1912.)



Cayetano Santos Godino, alias “el Petiso Orejudo”, en el presidio de Ushuaia, luego de ser capturado en Buenos Aires, en 1912. AGN. Santos Godino, hijo de inmigrantes italianos calabreses, fue rotulado como uno de los primeros asesinos seriales de la historia argentina, autor de la muerte de 4 niños y de 7 intentos de asesinato, entre otros crímenes. Transitó a lo largo de toda su vida por distintas instituciones: el Hospicio de las Mercedes, luego de ser declarado penalmente irresponsable por el Dr. Ramos Mejía; más tarde la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras y, finalmente, el penal de Ushuaia de Tierra del Fuego, en donde murió, en 1944, a la edad de 48 años. La ciencia de la época, de corte lombrosiano, buscó comprender el origen de su conducta en su aspecto físico. Fue así que, en 1927, médicos del penal de Ushuaia le practicaron a Godino una cirugía estética para reducir el tamaño de sus orejas, ya que consideraban que en ellas radicaba su “maldad”. La operación no produjo ningún resultado favorable respecto a su comportamiento.



Un interno del hospital se cuelga de un árbol a la vista de los médicos.
Reverso de la fotografía: "Hospicio de las Mercedes, 'sublevación'". AGN.

Separar la paja del trigo

Locos, atorrantes, prostitutas, invertidos sexuales, canillitas. El positivismo se irguió como matriz interpretativa a raíz de una intención normalizadora sobre un conjunto heterogéneo de sujetos que, sin embargo, compartían el diagnóstico de peligrosidad. El temor a la multitud, poderosa e imprevisible, generó estrategias de intervención sobre el cuerpo social, que si por un lado buscaban encauzar esas multitudes –transformándolas en ejércitos obedientes, aulas pulcras y columnas organizadas– por otro lado se proponían asilar sus aspectos peligrosos con una intervención individualizante.

El positivismo fue el terreno común donde se cruzaron discursos económicos, políticos, médicos, jurídicos. Como teoría científica, proporcionó el marco conceptual desde donde se abordó la cuestión social. La alianza que se forjó entre la medicina y el derecho permitió empalmar la locura con el delito e hizo de la criminología el espacio clave donde se incubaron innumerables observaciones, clasificaciones y programas terapéuticos. El saber médico, y particularmente el psiquiátrico, aliado con la justicia, se convirtió en un dispositivo de control social.

De la mano del positivismo como sistema teórico, se construyó una serie de instituciones que perseguían la moralización de los sujetos. El Hospicio de las Mercedes, las escuelas normales, el Depósito de Contraventores, la Penitenciaría Nacional, el Instituto de Criminología. Este engranaje de instituciones, saberes y técnicos operaron a través de una contraposición fundamental: enfrentaban a la población laboriosa, obediente y previsible –normal–, con su contracara necesaria, los desviados de la norma, las clases peligrosas, los individuos sospechosos.

El blanco: una sociedad en la que se conjugaban con demasiada frecuencia la pobreza, la delincuencia, la locura y también los núcleos de resistencia.

Siguiendo el mandato comtiano, la observación metódica se convirtió en el procedimiento para elaborar un diagnóstico exacto. De ahí el precepto de diferenciar “tipos humanos”: el delincuente, el invertido sexual, el simulador, la histérica. Una observación que se extiende al infinito, porque los peligros que acechan

a la ciudadanía no están únicamente en los crímenes de sangre. Los homicidas conviven en las páginas de los *Archivos de Criminología* con el adolescente abúlico por excesos onanistas, puérperas psicóticas o niñas que usan talismanes. Y podríamos decir también que hay un cierto *goce clasificatorio*. Cuando describe las diferencias entre la inversión sexual adquirida y la congénita, el mismo de Veyga reconoce que son irrelevantes, y aun así, mantiene esas categorías para denominar a los sujetos que describe.

El tratamiento individualizante tiene como recurso narrativo el caso clínico. Así, con el positivismo, el género biográfico adquiere un nuevo tono. Ramos Mejía había puesto a los próceres bajo una nueva lupa, incursionando en la investigación historiográfica desde una perspectiva clínica. De los hombres célebres a los anónimos pacientes, la etiología psicológica y social se convirtió en una máquina de construir biografías. Los relatos de las historias clínicas y los informes médico-legales eran deudores de los relatos literarios, como si uno y otro discurso se hubieran impregnado mutuamente.

Leer estos textos hoy nos genera algo así como una risa. Cuesta creer la forma en que se ufanan de la verdad de lo que dicen. Pero si nos podemos reír paródicamente es porque olvidamos la vigencia de estos procedimientos. O nos reímos, tal vez, porque sospechamos que no nos podemos escapar de la descripción clínica. De esa tipificación a veces invisible pero siempre presente.

Cecilia Larsen y Juliana Vegas



Observación XXXV. - Confusión mental

Argentino, veintitrés años, ladrón profesional, soltero, blanco, anarquista y espiritista, hábitos de vida muy irregulares, carácter frívolo y astuto, constitución física pobre, mal estado de nutrición.

Ha sido jornalero hasta los veintinueve años; quedó sin ocupación, relacionándose poco a poco con individuos de baja ralea, quienes le hicieron resbalar insensiblemente hacia la pequeña delincuencia contra la propiedad. Antes de cumplir un año en su nueva profesión fue incluido en la galería pública de ladrones conocidos. Detenido otra vez como sujeto peligroso, se le recluyó en la Cárcel de Contraventores, para cumplir una pena de treinta días.

Por esa misma época un ladrón profesional, atacado de melancolía, acababa de ser transferido al servicio de observación de alienados [...], de donde era presumible que se le pasara al Manicomio. Con ese antecedente simuló un estado de confusión mental de tipo depresivo, siendo pasado también al servicio de observación. He aquí algunos datos de su historia clínica:

En los antecedentes familiares hay abuelo alcoholista, padre alcoholista y reumático, madre al parecer sana y un hermano muy nervioso. En los antecedentes individuales hay varias enfermedades infecciosas propias de la niñez, onanismo, período de obtusión intelectual al atravesar la pubertad, abusos alcohólicos en los últimos dos años. En sus antecedentes psicológicos se registran intensas y prolongadas sugerencias político-religiosas que lo hacen sectario del anarquismo y del espiritismo.

Morfológicamente es un tipo inferior, con ligera asimetría facial, orejas en asa, mala implantación de los dientes y anomalías en la distribución del sistema piloso. Tiene bronquitis, uretritis y sarna.

Reflejos tendinosos exagerados; cutáneos y mucosas normales; esfínteres bien. Las pupilas reaccionan perfectamente a la luz y a la acomodación.

Movimientos espontáneos no hay; los voluntarios son muy escasos y perezosos; los ordenados se efectúan después de mucha insistencia. Kinesia disminuida, tono muscular normal; no puede medirse la resistencia a la fatiga; marcha pesada y lenta; reacciones eléctricas normales.

Sensibilidad general y táctil muy disminuida; térmica y dolorosa lo mismo; la sensibilidad muscular normal, no existiendo perturbaciones cenestésicas bien caracterizadas.

El enfermo come poco y cediendo a la asistencia de los enfermeros; duerme bien. Su aspecto es mixto de imbecilidad y de tristeza, manteniéndose aparentemente ajeno a cuanto ocurre en torno suyo. Invitado a leer deja resbalar el diario de entre sus manos; al dársele una pluma para escribir la apoya lentamente sobre el papel sin trazar una sola línea. Su conducta es paralela a ese estado de confusión e incoherencia mental, de forma depresiva.

Habíamos notado, sin embargo, un par de veces, que no obstante su inmovilidad aparente y mantener la cabeza baja, seguía con movimientos del globo ocular nuestros pasos, llamándonos también la atención su relativa facilidad para aceptar el alimento, así como la tranquila normalidad de su sueño.

Dos días después de estar en observación, vencido por la imperiosa necesidad de defecar, y sin bastante resolución para hacerlo dentro de su propia ropa, levantóse lentamente de la silla en que pasaba el día acurrucado y, con paso seguro, dirigióse al retrete; este hecho llamó la atención del enfermero, pues contrastaba con su inercia habitual, siendo sus únicas traslaciones las que se producían de la cama a la silla o viceversa, conducido por los enfermeros. Este hecho, unido a los anteriores, dio cuerpo a la sospecha de que fuera un simulador. Se le comunicó entonces que no sería remitido al manicomio antes de los treinta días de su prisión que le correspondían, los que se le harían pasar en el Servicio de Observación; con ese motivo se le invitó a desistir de su infructuosa simulación.

Temeroso, sin duda, de alguna represión más severa, no confesó abiertamente su caso; pero se apresuró a curar en un par de días evitándose una molestia ya inútil.

Vuelto a su prisión, manifestó que había tratado de pasar por loco para ser enviado al Manicomio y una vez allí obtener el alta, eludiendo de esa manera la prisión de treinta días. Como se ve, aunque no se trata de un procesado, es decir, de un caso específico, puede incluirse en los de esa clase, por cuanto el objeto de la simulación de la locura fue eludir una pena. (José Ingenieros, *Simulación de la locura*, Buenos Aires, La Semana Médica, 1903.)

Alienados

“Para quienes seguimos de cerca los problemas sanitarios y sociales, sabemos que a esta noble lucha en contra de la tuberculosis, de la lepra y del paludismo, debe agregarse la campaña en contra de la locura: otro flagelo, que va pavorosamente aumentando año tras año, entre nosotros, como en todo país civilizado.” (González Bosch, *El pavoroso aspecto de la locura en la República Argentina*, Buenos Aires, 1931.)

“Desde el punto de vista filosófico convendremos, pues, en que entre el crimen y la locura no existe sino una diferencia de grado.” (Alejandro Korn, *Locura y crimen*, Buenos Aires, La Nación, 1883.)



Reverso de la fotografía: “¡Oh! Padre Adán... ésta es la mía! Y este hombre que quiso, como el primer hombre, andar desnudo, es sujetado y cubierto por sus guardianes”. Hospicio de las Mercedes. AGN.



Antes y después del tratamiento. Juan Vucetich, “Delirio sistematizado religioso con violación de cadáveres y tentativa de homicidio”, en *Archivos de Criminalología, Medicina Legal y Psiquiatría*, Año I, 1902.

Adaptación
de la pena al
delincuente.

Delincuentes acci-
dentales
(*Represión mi-
nima*).

Criminaloides y ocasionales.
Delincuentes por episodios
psicopáticos fugaces.
Impulsivos accidentales.

Delincuentes re-
formables
(*Represión
mediana*).

Delincuentes habituales co-
rregibles.
Delincuentes con psicosis
transitorias.
Impulsivos cuya inhibición
es educable.

Delincuentes irre-
formables
(*Represión má-
xima*).

Delincuentes natos ó locos
morales; delincuentes habi-
tuales incorregibles.
Alienados delincuentes con
psicosis congénitas ó per-
manentemente adquiridas,
incurables ó recidivantes.
Epilépticos delincuentes, al-
coholistas crónicos, impul-
sivos incurables.

Delincuentes

“El lunfardo, es un tipo profesional que comprende todas las especialidades del robo vulgar, ordinario, especialidades que llevan a su vez, designaciones particulares indicando la clase de operaciones que comportan. Entran aquí el punguista, o sea pic pocket, el cuentero o estafador ordinario, especializado en el llamado del cuento del tío, el escrucante, o sea lo que los franceses llaman cambrioleur; el ladrón de arrebato, es decir, el escamoteador burdo y violento, que arrebató o escamotea; el ladrón de descuido, el ladrón de madrugada, los tipos más genuinos del ratero o profesional del hurto; el campana, cómplice o auxiliar de todos estos sujetos, y por último el burrero, o sea el ladrón furtivo, cuya particularidad consiste en saquear los cajones de mostrador, en el pequeño comercio (de “burro”, cajón de mesa). El término es una creación del argot del oficio e indica cómo en este medio se ha reconocido, conjuntamente con la especialidad del tipo, la unidad del grupo en que se encuentra.

[...]



Un conocido “scrushante” llega detenido al Departamento. AGN.

El lunfardo representa así el último escalón en la serie de su grupo; en él se palpa realmente al hombre rudimentario dominado exclusivamente por el instinto, incapaz hasta de acomodarse a las exigencias profesionales para aumentar el usufructo de su labor. Es que, en suma, estos sujetos están dotados de escasa capacidad mental y desprovistos de todo recurso moral para la lucha por la vida.” (Francisco de Veyga, *Los lunfardos. Psicología de los delincuentes profesionales*, Buenos Aires, Talleres gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1910.)

Niños criminales

“Ese pequeño, embellecido con los más simpáticos atributos del corazón humano, mimado como un juguete, de actividad prodigiosa y encantadora, más apto para entretener que para enfadar, irresponsable declarado, aparentemente incapaz de ejercitar con intención los instintos, es, sin embargo, una flora abundante y matizada de crueldades, intrigas, ambiciones, odios, venganzas, depredaciones, mentiras, celos, iras, traiciones, caprichos, grescas, vicios, deseos violentos, impulsiones fulminantes, conciencias inestables y veleidosas, que en un momento dado, concluyen en el delito purgado por el poético muñeco en la correccional, y que reclama la intervención del juez.” (Victor Mercante, “Notas sobre criminología infantil”, en *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*, Año I, 1902.)

Canillitas

“La organización del trabajo nos condujo a investigar sistemáticamente los siguientes datos sobre cada niño vendedor de diarios: -1° Generalidades: Nombre y apellido. Edad. Nacionalidad. Tiempo de residencia. Lee y escribe. Grados escolares que ha cursado. Educación general. Otras ocupaciones. Hábitos de higiene. Vestido. Comer. Dormir. ¿Ha estado con mujeres? Onanismo. Pederastía. ¿Considera excesivo su trabajo? Duración del trabajo. Alcoholismo. Antecedentes policiales y judiciales. -2° Datos económicos y sociales de la familia: ¿Es ahorrativa, pobre o indigente? Orfandad. Oficio y sueldos de los otros miembros de la familia. Ideas políticas, religiosas o sociales de la familia. Concordia doméstica. ¿El niño vive con su familia? -3° Fisiopatología: ¿Padres enfermos, nerviosos, alcoholistas o delincuentes? ¿Hermanos enfermos? Enfermedades anteriores. Fisonomía. Raza. Estatura



Luigi, el atorrante más popular de La Boca, abril de 1916. AGN.

en proporción a la edad. Temperamento. Estado de nutrición. Organos sexuales- Euritmia morfológica. Anomalías orgánicas. Fuerza. Agilidad. Enfermedades presentes. -4º Datos psicológicos generales: Funciones intelectuales, volitivas y morales. Pudor. Egoísmo. Vanidad. Gula. Honestidad. Crueldad. Mentira. Envidia. Cólera. Odio. Ocio. Vagancia. Ideas sobre política, religión, estética, justicia, organización social, patria, militarismo, propiedad, amor. -5º Datos especiales: ¿Cuántos años lleva en el oficio? ¿Cuánto gana? ¿Por qué vende diarios? ¿Le agrada el oficio? ¿Por qué no lo cambia? ¿Cuál le gustaría? ¿Cree que sus padres lo explotan? ¿Por qué no se independiza? -Observaciones.” (José Ingenieros, “Los niños vendedores de diarios y la delincuencia precoz”, en *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines*, Año VII, 1908.)

Atorrantes

“Existe en todas las grandes ciudades una cantidad relativamente considerable de esos desgraciados que después de haber pasado largos meses en los asilos

de mendicidad y de ser considerados como incorregibles, vagan por las calles, arrastrando sus harapos, su miseria, sus vicios, sus costumbres vergonzosas de haraganería. No son precisamente criminales, porque les falta la fuerza y la energía para realizar el crimen. En ellos predomina ante todo y sobre todo la enfermedad moral de la pereza, que los conduce a una vida más vegetativa que animal. Son parásitos, que descendiendo de grado en grado llegan a la más completa abyección moral, a la más triste decadencia física. Las grandes capitales les atraen. Allí paran, vegetan, mueren. En Buenos Aires hay un término local y pintoresco para designarlos: atorrantes.” (Belisario J. Montero, “La regeneración de los mendigos y vagabundos”, en *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*, Año I, 1902.)

Invertidos sexuales

“Ateniéndose a los relatos que hacen los invertidos sobre el carácter y las manifestaciones de su propia aberración, el oyente se convence fácilmente de que están dotados de un 'alma juvenil' y de que se les



Aurora, invertido profesional. Francisco de Veyga, “La inversión sexual adquirida”, en *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicados a las ciencias afines*, Año II, 1903.



Aída. “Invertido sexual imitando la mujer honesta”, en *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*, Año I, 1902.

puede tener como modelo de exaltación pasional. Bajo esta impresión, al imaginarse a uno de estos sujetos, se lo percibe rodeado de una atmósfera espesa en voluptuosidad, entregado ciegamente al juego de los instintos o agitado por las estimulaciones más elevadas del amor. Es imposible concebirlos de otro modo. Mezcla alternante de sátiro y de erotómano, se les ve furiosos, excitados, presa de una sed inextinguible de placer, buscando sin cesar en qué abreviar el deseo. Y si por casualidad se ha escuchado contar sus agitaciones infructuosas, sus desengaños, sus sufrimientos afectivos de todo género, esta silueta de héroe va transformándose en la imagen del dolor, tomando el ambiente de vivacidad que antes la envolvía un colorido triste y tierno al mismo tiempo. Así la figura del invertido se impone no solo a la admiración del confidente crédulo, por el lado de su temperamento y de sus hechos, sino también a la piedad por el lado del sentimiento. Pero, desgraciadamente para ellos, otro es el concepto que uno se forma de su alma y de su temperamento cuando en vez de tomar a lo serio su leyenda,

la toma por lo que es, es decir, por la invención de un delirante. Toda esa personalidad femenil que dice poseer, empieza por resultar una grotesca fantasía, y toda esa exaltación, esos impulsos pasionales y hasta las aventuras que se complace en pintar, el producto más genuino de la imaginación. Eso no es decir que el invertido sea un mistificador, ni mucho menos un mistificador de mala fe, él siente lo que dice y cree en todo lo que cuenta; por lo bajo, a fuerza de contarlo, a llegado a convencerse de su realidad. La sinceridad de su relato es idéntica a la de cualquier otro delirante.” (Francisco de Veyga, “El amor en los invertidos sexuales”, en *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines*, Año II, 1903.)

“Hemos dicho que por 'prevención' fue arrestado en dicha noche. Expliquemos qué significa esa palabra tratándose de un sujeto de esta especie. Empecemos por decir que 'Aurora' tiene registrado su nombre en los archivos policiales: es un delincuente reincidente. Por ese motivo la Policía ejerce sobre él esa vigilancia activa que tiene sobre todos los cientos, ó

mejor dicho miles, de tipos que se encuentran en ese caso, vigilancia que convierte en arresto, fingiendo cualquier contravención (escándalo, embriaguez, etc.), cuando sospecha la intención de un delito”. (Francisco de Veyga, “La inversión sexual adquirida”, en *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicados a las ciencias afines*, Año II, 1903.)

Uranistas femeninas

“Gracias a relaciones de familia, porque la mujer honesta es, en sus amores, discreta y recatada, pude, con sorpresa, constatar que el uranismo pasivo (acerca del impulsivo no tengo datos) constituye en los grandes internados de educación, una epidemia. El fenómeno se manifiesta, es curioso, en aquellas escuelas más claustrales y donde las maestras se entregan a frecuentes disertaciones acerca del culto a las santas mujeres, con letreros alusivos en los pizarrones. La psicopatía despunta en niñas mayores de quince años y nace aislada, de una histérica. El

mal puede prevenirse con la vigilancia, el estudio psicomoral de cada alumna, la detenida observación de sus actos; distracción y ejercicios colectivos al aire libre; lecciones variadas, confortantes y atrayentes sobre temas científicos; no herir la imaginación narrando sucesos altisonantes y de subido color místico acerca de la vida ascética, y extremar la prohibición del beso, del brazo y de la vida quieta y dual.”

(Victor Mercante, “Fetiquismo y uranismo femenino en los internados educativos”, en *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicados a las ciencias afines*, Año IV, 1905.)

Prostitutas

“Son amantes abandonadas, que en sus sensualismos de histéricas sentimentales, extrañan el afecto del querido pendenciero y truhán; obreras flacas y sucias que hartas de miserias prefieren antes que agotar sus energías en la fábrica por un salario irrisorio, dar sus caricias que al fin y al cabo procuran placer y dinero; delincuentes que al salir de la prisión



Asilo de niñas San Vicente, Villa Devoto. AGN.



Fotografías de prostitutas que presenciaron delitos. Juana, Carolina, Irene; Elvira, Jualia, María. Archivo Histórico Chivilcoy.

no divisan otro refugio que el prostíbulo; cantantes de mugrientos y enjutos café-conciertos, que han rodado por todos los tablados minúsculos con sus gestos de poseídas, su voz lamentable y sus canciones lúbricamente lujuriosas; las que nacieron en oscuros tugurios, donde quizá el propio hermano les reveló el sexo, donde, por la noche, en el silencio, perciben hacia el lecho de sus padres rumores de besos, y que crecen viendo desnudeces, entre un ‘hacinamiento de cuerpos humanos en los grandes centros manufactureros, donde, según la frase de

Alejandro Dumas, la promiscuidad es tan grande, donde el libertinaje es tan precoz, donde la virginidad desaparece casi siempre al caer los dientes de leche’; las que sus madres han abandonado a los peligros de la calle, y para quienes el prostituirse es abajadero fácil de salvar –tal aquella triste y pobre Elisa cuya existencia de dolor hasta hace derramar lágrimas nos ha narrado Goncourt; prostitutas natas que parecen haber nacido con añoranzas de libidine cuyas inteligencias no comprenden la palabra pudor y que sólo necesitan para prostituirse la presencia de



Agentes de la Policía llevando a un huelguista, 1907. AGN.

un trivial motivo; abnegadas, en quienes el cariño lega a lo heroico; que se entregan, para que sus padres y sus hermanos no sientan hambre, almas de otros tiempos, herederas de aquella Monna Vanna –cuyo sacrificio expone Maeterlink genialmente,– que iba a entregar una noche su cuerpo para libertar a Pisa.” (Manuel Gálvez, *La trata de blancas* (tesis), Buenos Aires, Imprenta de José Tragant, 1905.)

Anarquistas

“La sangre fría y la altanería con que se expresa, demuestran el propósito exhibicionista, la pose del secretario en esta primera confesión, en que el orgullo de la hazaña lucha visiblemente con el temor de su sanción. Por eso se jacta del hecho que no puede negar y oculta, al mismo tiempo, los antecedentes de su persona, creyendo que de ese modo podrá dificultar la instrucción. Tales son las impresiones que en el momento de su declaración se reflejan en esa fisonomía cuyos caracteres morfológicos acusa, bien acentuados, todos los estigmas del criminal.

Desarrollo excesivo de la mandíbula inferior, prominencia de los arcos cigomáticos y superciliares, depresión de la frente, mirada torva, ligera asimetría facial, constituyen los caracteres somáticos que acusan en Radowitzky el tipo del ‘delincuente’.” (“La muerte del

Coronel Ramón L. Falcón. 1909”, en *El museo del crimen de la Policía Federal*, Tomo I, Buenos Aires, Biblioteca Policial, 1946.)

La clínica criminológica del depósito de contraventores

“En esta clínica podrá en adelante examinarse al vagabundo de todas las edades y todas las condiciones, desde sus primeros pasos en esa senda en que se inician de niños, hasta cuando les recoje la cárcel, el Asilo o el Hospital, según el rumbo que hayan tomado. Al ‘compadrito’ podrá vérselo, díscolo, reacio y pendenciero hasta en el interior de las rejas. Al ladrón se le podrá tratar sin embajes y conocer su poco estudiada biología. Al alcoholista se le tendrá en abundancia y bajo todas las formas. Los locos, que allí pupilan, darán lugar a hacer aplicación práctica de psico-patología forense. Los atorrantes allí recojidos, que son objeto de especiales estudios tendentes a poner en evidencia la variada naturaleza del estado que los conduce a la miseria física y moral, serán presentados a la observación bajo la misma forma que los otros tipos.” (Pedro Barbieri, “La clínica criminológica del depósito ‘24 de noviembre’”, en *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicados a las ciencias afines*, Año V, 1906.)



Habitación del Hospicio de las Mercedes. AGN.



Taller de zapatería, correccional de menores, 1919. AGN.



Taller de hojalatería. AGN.



Escuela de educación industrial, Colonia correccional de Marcos Paz, noviembre de 1919. AGN.



Reclusos bañándose en la playa de la Isla Martín García, diciembre de 1930. AGN.



Razón de Estado



El Consejo de Higiene se ha dormido esta vez y el capitán del "Perseo" se lo ha fumado. Felizmente nuestro siniestro huésped se presenta hoy viejo y tullido. Valor pues, y sangre fría; siguiendo los consejos del Dr. Ramos Mejía, pronto echaremos de aquí al impertinente visitante.

El Mosquito, Buenos Aires, 21 de noviembre de 1886.

La ilustración caricaturiza al Dr. Ramos Mejía y lo presenta blandiendo un garrote que lleva la leyenda "Instrucciones contra el cholera" contra una Parca que simboliza el brote epidémico de 1886. Según la creencia popular, que luego relevaría el Dr. José Penna en su clásico estudio *El cólera en la República Argentina* (1897), el cólera habría llegado a nuestro país a través de los pasajeros del buque *Perseo*, proveniente de Génova. Epígrafe de la ilustración: "El Consejo de Higiene se ha dormido esta vez y el capitán del *Perseo* se lo ha fumado. Felizmente nuestro siniestro huésped se presenta hoy viejo y tullido. Valor, pues, y sangre fría; siguiendo los consejos del Dr. Ramos Mejía, pronto echaremos de aquí al impertinente visitante."

El primer censo argentino

Definir, contar, medir, mensurar y catastrar son actividades inherentes a todo Estado. Gobernar a los vivos, erigir obras para ellos, contar los muertos y cada objeto en su territorio (proyectar la tierra labrada, el crecimiento de la población o la recaudación de impuestos) son actividades que todo Estado que se precie de tal hace de manera sistemática. De entre muchos de los instrumentos que utilizan los Estados, la estadística es uno de especial importancia. Si bien hoy una rama de la matemática por derecho propio tuvo una historia que evolucionó al compás de la constitución de los Estados modernos, su origen etimológico la señala como la *ciencia del Estado*, su nombre revela los esfuerzos de los Estados por contar, categorizar y clasificar todo aquello que estaba bajo su égida.

Una verdadera *aritmética política* —otra de sus iniciales denominaciones— que dotó al Estado de la capacidad de pensarse como un cuerpo. Los censos deben ser entendidos dentro de este afán por conocer al detalle cada movimiento del cuerpo social. Afición más propia del nuevo mundo que del viejo. Los españoles dispusieron un censo en Perú y sus posesiones norteamericanas en 1548 y 1576. Tradición que continuó en el Virreinato del Río de la Plata. La distancia de la colonia respecto de la metrópoli hacían necesario utilizar instrumentos más sutiles a fin de mantener un dominio sobre los territorios ultramarinos. De ahí que los primeros censos modernos se hayan elaborado en el continente americano. Para el territorio argentino habrá que esperar hasta la promulgación de la Constitución de 1853, en la que se exigía un censo cada década a fin de actualizar el número de bancas correspondientes a cada provincia en la Cámara de Diputados. No será hasta 1869 que el primer censo será efectivamente realizado. Impulsado por el presidente Domingo F. Sarmiento, quien delegará su realización a Diego G. de la Fuente, y realizado durante los días 15, 16 y 17 de septiembre, relevará datos sobre sexo, edad, estado civil, orfandad, lugar de nacimiento, alfabetismo, asistencia escolar, ocupación y discapacidad. Ni en su carácter cuantitativista ni en su afán cien-

tificista deben buscarse sus elementos positivistas. Más bien será la forma y destino en que esa información se procesó es donde aflora de manera inequívoca el espíritu positivista de su época. En el extenso, lleno de sutilezas y poco estudiado prólogo de Diego G. de la Fuente esta matriz se despliega de forma magistral dando un sentido a cada dato aportado por el censo. Para él, los censos aproximan “los elementos de los bienes que les congratulan ó de los males que les afligen; y es en su análisis y estudio, que han de buscar conocimientos para mejor encaminarse, y para aprender á fomentar los unos y á conjurar los otros”. La sociedad aparece entonces como un cuerpo que bien puede rectificarse o degenerarse. En el prólogo, De la Fuente señala muchos males: la prostitución, los huérfanos, pero hay uno al que le dedica especial importancia, un problema que captó la mente y la pluma de muchos pensadores de su generación y que de manera metafórica denominaron *desierto*: “El viejo asunto de los indios, no es tal cuestión de indios es cuestión de Desierto. El indio argentino, por sí, es talvez el enemigo más débil y menos temible de la civilización; bárbaro, supersticioso, vicioso, desnudo, tiene hasta un enemigo en el arma que lleva.

Suprimidle del todo, pero dejando el desierto, y tendréis en seguida que ocupan su puesto y le reemplazan doscientos gauchos, sobrado numerosos y atrevidos para poner en alarma las fronteras de la mitad de los estados, y tener en jaque y á raya unos cuatro o cinco mil veteranos.

Y al contrario: suprimid el desierto; este desierto que por todas partes se entromete y nos comprende, ligándose casi con las orillas de las ciudades, y el indio, como el montonero, desaparecerán sin más esfuerzo”.¹

El problema del indio es más que un problema racial, un problema social y político. El Estado —la civilización— se contrapone al gaucho, al indio y al

¹ Diego G. de la Fuente, *Primer Censo de la República Argentina: Verificado en los días 15, 16 y 17 de setiembre de 1869*, Buenos Aires, Superintendencia del Censo, 1872.

montonero como encarnaciones de la barbarie. Es desde esta grilla de inteligibilidad que para De la Fuente existen indios “amigos” que son, justamente, aquellos que aceptan y se encuentran asentados bajo el control estatal. De ahí que su propuesta por eliminar el desierto sea política antes que militar: “Si la mitad del dinero que se ha gastado de 1,810 á la fecha, en líneas nominales, en defensiva estéril, en fortificaciones pudiera decirse de enervación, se hubiera gastado en establecer colonias en todos los puntos estratégicos del país, en los mejores puestos sobre el Atlántico, á lo largo de los rios interiores, en campos especiales como existen en todo el interior del vasto territorio aun desierto, esta República Argentina tendria hoy sus limites propios mejor

definidos y menos cuestionados; sería triplemente poblada, mushísimo más rica, próspera y feliz, á punto de ser ya, como debiera serlo, la nación más poderosa del sud del continente”.

Al primer censo nacional le sucederán los censos de 1895 y 1914. Aquí a la problemática del desierto, de construir la soberanía y definir unos límites precisos, le sucederá con mayor énfasis el problema de la población. En ellos sí aparecerá con más claridad el problema de las razas: los indios y el inmigrante serán un foco de atención que el ánimo clasificatorio del Estado prestará con mayor detenimiento.

Darío de Benedetti

Removida con la edad por edades

Boletín de Compilación N° 2

SEGUNDO CENSO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

EDAD, SEXO Y NACIONALIDAD

Provincia *Salta* Departamento *Cachi* *1897*

AÑOS	ARGENTINOS			EXTRANJEROS			AÑOS	ARGENTINOS			EXTRANJEROS		
	Varones	Mujeres	TOTAL	Varones	Mujeres	TOTAL		Varones	Mujeres	TOTAL	Varones	Mujeres	TOTAL
0	63	53	116	1		1	Suma	2105	2455	4573	34	26	60
1	89	84	173				51	3	2	5			
2	110	92	202				52	9	9	18		1	1
3	91	125	221	1		1	53	1	3	4			
4	85	95	180				54	3	2	5			
5	58	75	133				55	17	23	40			
6	54	70	124	2	1	3	56	4	4	8	1	1	2
7	126	166	292				57	3	3	6			
8	112	96	208				58	6	15	21			
9	60	55	115		1	1	59	7	4	11		1	2
10	70	91	161	1		1	60	115	50	165	1	1	2
11	34	50	84				61		4	4			
12	31	62	93				62		1	1			
13	27	38	65				63		1	1			
14	36	38	74	2	1	3	64	3	3	6	1		1
15	86	84	170	1	2	3	65	3	21	24			
16	27	40	67		1	1	66	2	1	3			
17	47	57	104	2		2	67	1	1	2			
18	53	59	112	1	1	2	68	2	3	5		10	
19	29	34	63	2		2	69	27	26	53			
20	41	96	137	1		1	70		1	1			
21	13	17	30				71	3		3			
22	39	32	71		1	1	72						
23	17	23	40	1		1	73				1		1
24	36	62	98	1		1	74	5	6	11			
25	55	90	145				75	2	1	3			
26	31	42	73				76						
27	18	22	40				77		4	4			
28	29	36	65	1		1	78						
29	39	56	95				79	4	9	13			

Segundo Censo de la República Argentina, provincia de Salta, 1897. Sala del Tesoro, Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

El Ejército en la construcción de la Nación

Desde hace largo tiempo diversos autores han señalado la íntima relación entre los fenómenos bélicos y la creación de los Estados. Así, por ejemplo, para Charles Tilly los Estados hacen la guerra y la guerra hace Estados. Con todo no resulta extraño que el ejército haya desempeñado un papel primordial en la constitución de los Estados. De las guerras de independencia a la guerra de la triple alianza los procesos bélicos se convirtieron en la punta de lanza con la que el Estado argentino se iba configurando de manera lenta pero inexorable.

Pero no es sólo en la construcción del Estado que el ejército tuvo un importante papel, también en la construcción de la Nación tuvo un desempeño destacado aunque más sutil. Desde mediados de 1870 hasta inicios del siglo XX, un conjunto de procesos se dan en todos los ámbitos, que van configurando la

creación, no sin conflictos y nunca de manera monolítica, de la Nación. Entre las leyes tal vez las más destacadas sean la Ley de Inmigración y Colonización, la Ley de Educación Común, la Ley de Residencia y la Ley de Servicio Militar Obligatorio. Esta última promulgada en 1901 bajo el número 4031, aprobada mediante un intenso debate parlamentario, otorgó al ejército la capacidad de agrandar su estructura al tiempo que bajo sus filas se adoctrinaba una proporción importantes de jóvenes.

Pese a que la hipótesis de conflicto con Chile haya sido el factor más acuciante que motivó su promulgación, ensanchando y modernizando las filas del ejército, la ley se adentraba dentro de una de las fascinaciones positivistas: purificar y mantener el cuerpo social. Pero antes era necesaria su construcción. Pablo Ricchieri, ministro de Guerra y principal propulsor



“Arco del triunfo” construido en Avenida de Mayo por el diario *La Prensa* en adhesión a la primera conscripción de ciudadanos argentinos en Curumalán, 14 de junio de 1896. AGN.



Caras y Caretas, c. 1903. AGN. “Reconocimiento médico de los recientemente incorporados, ya con el cabello corto, sometidos a un control médico”, Abel Alexander y Miguel Ángel Cuarterolo, *Soldados*, Buenos Aires, Fundación Soldados, 2004.

de dicha ley, dirá ante la Cámara de Diputados que la Argentina “tiene leyes protectoras que favorecen liberalmente al extranjero, y eso hace que recibamos una inmigración que ha sido la causa principal de nuestro progreso, que nos ha llevado al estado de cultura y de riqueza en que hoy el país se encuentra. Pero hay un deber de parte de los gobernantes de este pueblo, y es tratar de refundir en una sola todas las razas que representan los individuos que vienen a sentarse al hogar del pueblo argentino”. Aquel objetivo se lo buscaba haciendo “pasar por las filas una cantidad de nuestros jóvenes conscriptos de veinte años, de lo mejor de nuestra población, para que a los dos años, al salir del ejército, vayan a sus hogares y sean un poderoso elemento de moralización pública”. Tanto para sus promotores como para sus detractores, se compartía el ideal positivista de que la validez de la ley debía medirse en base al carácter científico que poseía. Así, por ejemplo, el diputado Demaría

expresará dicha propensión científicista al decir que “si sancionamos esa ley, que es un instrumento científico, un instrumento moderno, un instrumento flexible y expansivo que permitirá prevenirnos, sin destruir la obra ya realizada”. Con todo, el servicio militar obligatorio buscaba convertirse en un importante instrumento de ciudadanía al incorporar no sólo el adiestramiento militar sino un potente sentido nacional y moral en la filas de la población. Tal vez no sea casual que el primer documento de alcance nacional, la Libreta de Enrolamiento —nótese la importa militar de su nombre—, se haya elaborado al calor de estas transformaciones cumpliendo tres objetivos básicos: ser un instrumento de control, acreditar el paso del individuo por la institución militar y, por último, ser el documento habilitante para emitir el sufragio.

Darío de Benedetti

La historia y los límites de lo posible

Para los intelectuales que conformaron lo que hoy definimos como el canon positivista, la historia fue uno de los territorios de observación preferenciales para caracterizar lo *argentino*. Asimismo, su forma de abordarla los diferenció notablemente de otras experiencias intelectuales. Por un lado, no se consideraban a sí mismos los misioneros de una cruzada en pos de dotar de un espíritu propio a la Nación argentina. Se trataba de conocer cabalmente ese cuerpo social, no de inventarlo. No hacía falta, tampoco, bucear diletantes entre sus producciones literarias o musicales para encontrar el núcleo estético de su existencia. La piedra angular para estos médicos y abogados estaba en otro lado. Las respuestas reposaban en fenómenos tangibles, cuantificables, que podían extraerse metódicamente de una realidad que bajo una mirada inexperta y poco científica aparentaba ser más enigmática de lo que en verdad era. Para intervenir satisfactoriamente sobre el cuerpo social argentino, se volvía un imperativo conocer a fondo los caracteres empíricos de la argentinidad e identificar qué males de su naturaleza volvían dificultosa la puesta en práctica del sueño modernizador. Adicionalmente, no era suficiente pertenecer a la élite gobernante e incluso intelectual. Se precisaban científicos, la élite de la élite, los detentadores y habitantes exclusivos del *conocimiento-refugio* en un mundo en donde la paulatina disolución de las rígidas estructuras sociales suscitaba miedo y perplejidades ante lo desconocido. Intelectuales que estuvieran más allá de las pasiones políticas y las ideologías, para trascender lo que Bunge denominará la “parlamentaritis”. Esta pretensión de acabar con el romanticismo político imponiendo la ciencia positiva y su autoridad para delimitar objetivamente lo deseable de lo posible, se volverá, sin embargo, una de sus principales marcas de politicidad. Asimismo, inaugurará una forma de discurso que, con sus propias modulaciones epocales, ha mantenido cierto peso en la cultura política argentina hasta nuestros días.

Si el pasado argentino será uno de los terrenos en el que se buscarán las claves de su identidad, no será con la intención de construir un mito de origen que sirviese como argamasa del complejo que, vencedores y

vencidos mediante, se terminaba de consolidar como una flamante Nación. Asimismo, si bien es cierto que la pretensión de imparcialidad científica fue uno de los pilares centrales del movimiento positivista, el maridaje ciencia-historia como garante de objetividad fue una bandera flameada por un variopinto de expresiones historiográficas. No sólo ocupó un rol central en el célebre debate entre los *padres fundadores* de la historiografía nacional, Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, también fue el sello de identidad de aquel conjunto de historiadores que lograron darle un estatuto profesional a la disciplina hacia fines de la década del diez y principios del veinte.

El conflicto, aparentemente epistemológico, gira (y siempre ha girado) en torno a los criterios para discriminar qué es y qué no es científico. He aquí el hiato representado por este grupo de intelectuales en el derrotero historiográfico argentino anterior y posterior a ellos. La clave no estaba en la dimensión heurística, en la adquisición y la crítica de fuentes. No estaba en el grado de proximidad que la narración de los hechos históricos guardara con los hechos históricos “tal cual habían sido”. A grandes rasgos, el estatuto científico del abordaje del pasado era conferido por la aplicación de métodos y perspectivas pertenecientes al campo de las ciencias naturales, en muchos casos, a partir de matrices teóricas, como la de la criminología o la psicología de masas, formuladas por referentes europeos como Lombroso, Spengler, Ferri, Taine, etc. Por eso mismo, el modelo a seguir no será la historia en clave narrativa. El rasgo común a todos será la búsqueda inductiva de regularidades, la identificación de sistemas cerrados donde lo contingente y la espontaneidad creadora e impredecible tengan poco lugar. La mirada científica, imparcial ante las veleidades políticas e ideológicas, no implicaba sin embargo la falta de juicios morales. La ciencia era una forma de moral.

Dicho todo esto, y a pesar del extrañamiento, a veces risible, que muchos de sus trabajos pueden causar a las y los historiadores actuales, es justo reconocer que sentarán un precedente valioso para los futuros abordajes historiográficos que tomen distancia del relato estadocéntrico y de la dimensión cronológica

y lineal del tiempo como eje ordenador del pasado. Si para ciertas figuras centrales de la Generación romántica como Alberdi y Sarmiento, la inmigración europea se presentaba como la respuesta por excelencia al imperativo de gobernar es poblar, la elite del cambio de siglo invierte el orden de la ecuación: para gobernar no basta con poblar, es el propio Estado-Nación el que debe civilizar a esas masas, insuflarles los valores nacionales, encontrar la fórmula para disciplinarlas. El carácter transicional del período comprendido entre 1880 y 1920, no radica tan solo en el fenómeno más evidente del cambio de siglo, sino también en la paulatina clausura de un sistema político y un universo de ideas asociado a él, que había hecho bandera de la participación restrictiva de la población en la política y en los espacios públicos. De ahí que la operación historiográfica de muchos de estos autores tenga como fin demostrar una máxima que supo sintetizar con claridad Francisco Ramos Mejía: “con las fuerzas de la naturaleza no se hace lo que se quiere sino lo que se puede”. La irrupción de las multitudes, como un enorme alud que se cierne sobre la civilización argentina finisecular, adquiere entonces un tamiz menos temible. A la naturaleza no se le teme, tampoco se la puede desconocer: se la domina. Y dominar es conocer, clasificar, reducir el caos a conceptos universales, encerrados y encerrables. La fórmula roquista que asocia el orden al progreso fue sin lugar a dudas una de sus obsesiones. Por ese motivo, no deja de ser sintomático que uno de los núcleos significativos de la historia argentina revisitados más ávidamente por muchos de estos intelectuales haya sido el rosismo y específicamente, la figura del carismático Rosas.

En 1898 Ernesto Quesada publica *La época de Rosas*. El mítico caudillo es interpretado como el resultado inevitable del decurso histórico natural de la sociedad argentina, y asimismo, como aquella figura que incorpora a las masas rurales a la vida política a través del ejercicio de la obediencia y, en definitiva, del respeto al orden y las jerarquías. La lectura que realiza Quesada del federalismo como tendencia profunda e inmanente a la nacionalidad argentina, será defendida por otro eminente intelectual de la época, Francisco Ramos Mejía en *El federalismo argentino*, publicado en 1887. En esta obra se esboza otro de los núcleos problemáticos del pensamiento histórico argentino de matriz positivista: el del federalismo y

el del correlativo orden constitucional. Si tanto para Ramos Mejía como para Quesada, el federalismo expresaba la naturaleza soterrada y auténtica del ser político argentino, para otros autores también positivistas como Matienzo o Rivarola, el sistema federal no se condice con su evolución natural. En este caso, la prescripción es clara: reformar el andamiaje jurídico para adaptarlo a la verdadera naturaleza argentina. En ambos casos, las argumentaciones echan mano del elemento inexorable, del peso de la naturaleza. Sin embargo, y he aquí la paradoja, lo que las diferencia son las interpretaciones realizadas por unos y otros a partir de la observación objetiva del mismo fenómeno: la historia argentina.

El período rosista también será central en varias de las obras de José María Ramos Mejía. Si en *La neurosis de los hombres célebres* Ramos se abocará a un análisis de la psicología del líder y en *Las multitudes* a la psicología de las masas que lo siguen, en *Rosas y su tiempo*, retrata lo que podríamos considerar un estadio natural, el marco en el que las psicologías se yuxtaponen formando una totalidad. No hay una relación procesual entre las épocas que caracterizan a la argentinidad, sino saltos evolutivos en el marco de un mismo organismo que siempre conserva, en tanto constantes históricas, sus caracteres más íntimos. Sin embargo, el análisis del período rosista parece servir de matriz para pensar ese mismo organismo social en otro estadio evolutivo. De ahí que Ramos le dedique varios capítulos al problema de la propaganda del régimen rosista. “En la actualidad no hay hambre, no hay odios engendrados por la miseria [...] Si el cuerpo está satisfecho y el alma despreocupada bajo la tutela del grupo, la sensual histerota, esa multitud dinámica [...] no se organiza porque no tiene función”, afirma tranquilizadamente Ramos, añadiendo, sin embargo: “temo que el día que la plebe tenga hambre, la multitud socialista que se organice, sea implacable y los meneurs que la dirija representen el acabado ejemplar de esa canalla virulenta que lo contamina todo”. Si bien, y como sostiene Halperin Donghi, más allá de la advertencia no se formula una prescripción clara sobre qué hacer en este texto, Ramos Mejía presidirá el Consejo Federal de Educación entre los años 1908 y 1913, elaborando un programa completo de extensión de la enseñanza y nacionalización de la educación para intervenir directamente en el modelado de esas multitudes.



Manifestación de la Federación Obrera Regional Argentina, c. 1915.

En una coyuntura como la actual, en donde el concepto de verdad se asemeja a una quimera y la puesta en cuestión de los sentidos totalizantes nos obligan a caminar sobre suelos menos ciertos, resulta significativo constatar que aún en un clima de ideas sumido en la superabundancia de certezas y de sentidos contrastables proliferaran con facilidad una cantidad importante de interpretaciones manifiestamente pesimistas y desencantadas con el pasado y el futuro. En *La ciudad india* de Agustín García, algunas obras de Agustín Álvarez como *South América* y *¿Adónde vamos?* o en *Nuestra América* de Bunge se yergue un fatalismo que adquiere de a ratos cierto cariz religioso. En el primero, un conjunto de rasgos de orden social y cultural provenientes de la herencia hispánico-colonial componen el espíritu argentino y condicionan fatalmente su desarrollo, la gravitación indefinida de su “incultura”. No hay historia posible porque no hay cambios fundamentales. Se trata más bien de la repetición hasta de una ingrata constatación: la del peso irremediable de los males argentinos. La herencia hispánica en clave negativa es central también en el libro *La anarquía Argentina y el caudillismo* de Lucas Ayarragaray, para quien la idiosincrasia nacional arrastra los vicios de sus antecesores españoles, un conjunto de males preexistentes inclusive a la propia nación.

Por otro lado, tanto en Bunge como en Álvarez, encontramos un elemento disruptivo en relación a la forma de pensar la nación de la literatura historiográfica anterior y posterior: la Argentina es pensada en el marco del contexto Latinoamericano. Si en ambos autores las manifestaciones culturales, políticas, sociales y económicas no son más que epifenómenos de una causa primera sintetizada en el término raza, esa noción difiere significativamente en uno y otro. Mientras que en Álvarez la raza es el soporte de elementos morales y se encuentra definida por determinadas configuraciones mentales, en Bunge, se encuentra biológicamente determinada y la impureza de sus mezclas constituye el quid de todos los males latinoamericanos. Nuevamente, los hilos conductores no tiran de la historia desde afuera sino que son la historia misma. Los sujetos no son arrastrados por la corriente fatal del tiempo, sino que su propia configuración ontológica, ya sea física o moral, es portadora del mal primigenio que los condena a ser pueblos sin historia. Después de todo, la naturaleza es así: eterna.

Florencia Paine Ubertalli Steinberg



DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO P

*Este memorable hecho tuvo lugar el 12 de Octubre 1492 (algunos creen que fue el 10 de Octubre).
(Copiado de un grabado del siglo XV atribuido al célebre Mosquitas.)*

QUITO



POR CRISTOBAL COLON
(e el mismo día de 1880)



¿Qué es la escuela?
La escuela es el templo
de la vida.



Correccional de menores, Buenos Aires, 1914. AGN.

Educar la Nación

El positivismo desplegó categorías desde las diversas disciplinas de las ciencias denominadas “duras” con el objetivo práctico de afrontar los problemas de una sociedad en rápida modernización y con un nivel acelerado de cambios. El saber científico, entonces, sirvió como condición de posibilidad de la elaboración y justificación de políticas públicas aplicadas a esa nueva agenda de cuestiones, inexistentes en las décadas anteriores, básicamente, por una constitución demográfica distinta.

El viejo postulado “intervenir el Desierto argentino mediante una política poblacionaria”, antes que ser revisitado sería, para estos años, considerado como uno de los máximos responsables de esta nueva fisonomía nacional, signada por un inédito nivel de inmigración europea. Ese cambio en la conformación social intensificó el jamás cerrado debate sobre el devenir de la Nación. El debate, en esta oportunidad, sería en todo caso triple: ¿Cómo posicionar una única lengua, argentina, frente a la multiplicidad de lenguas y dialectos? ¿Cómo resolver la crisis sanitaria –sin precedentes– en un territorio urbano que se expandía lentamente, evidenciaba hacinamiento y sufría epidemias de cólera y fiebre amarilla? ¿Cómo intervenir los conflictos sociales generados por una masa de habitantes que desborda los sistemas de control instituidos y no se halla interpelada en las proyecciones nacionales?

El triple interrogante sobre la cuestión nacional se presentará como un debate interno que la elite gobernante debe abrir y permitirse, a la manera de un proceso de autoafirmación y autojustificación, al no poder eludir ya, en lo que era una batalla simbólica pero posiblemente material en un tiempo cercano, los peligros que en su imaginario se le acercaban por los movimientos anarquistas y socialistas, con fuerte anclaje en una clase obrera mayoritariamente extranjera. Este diagnóstico a partir del nuevo escenario social sólo exacerbará el carácter práctico y tecnocrático de los intelectuales y funcionarios positivistas. Y así, las cuestiones lingüísticas, sanitarias y sociales serán afrontadas con la construcción de dispositivos institucionales. Esto no era algo nuevo, porque la

ciencia se había aplicado muy tempranamente a instituir tratamientos para la locura, el delito, por ejemplo, desde la psicología social y luego desde la criminología. El carácter instituyente del Estado positivista, pensado sistemáticamente en términos de control, ya había pensado tempranamente a la Nación resolutiveamente en lo que a conflictos sociales se refiere. Pero las nuevas características que se presentaron con el cambio de siglo trajeron aparejadas una resuelta impronta institucionalista de carácter más bien propositivo y modelador; si bien preventivo, no unilateralmente represivo o restrictivo.



DOCTOR DON JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA
DIRECTOR GENERAL DE LA «IMPRENTA PÚBLICA»

Los intelectuales positivistas, en no pocos casos, se abocaron a intervenir públicamente modelando un accionar distinto del de la mera observancia en carácter científico –estudio de casos, descripción sociológica, etc. Muchos interpretaron como parte de su deber el llevar a la práctica sus intereses académicos, interviniendo directamente en la creación y dirección de las nuevas instituciones estatales. El caso de José María Ramos Mejía es, probablemente, uno de los más paradigmáticos. Habiendo sido el



Consejo Nacional de Educación (Palacio Pizzurno), Buenos Aires, c. 1888. AGN.

fundador del *Círculo Médico Argentino*, participado en la creación de la *Asistencia Pública* de Buenos Aires y ocupado varias cátedras universitarias, en 1908 y hasta 1912 asumiría como presidente del Consejo Nacional de Educación, que centralizaba la coordinación de las escuelas.

De forma amena, Halperin Donghi describe esta etapa de la actividad pública de Ramos Mejía como obsesiva, “casi al nivel japonés”. El médico higienista organizó los cronogramas y mecanismos de funcionamiento no sólo anuales sino diarios de las escuelas: desde la creación de nuevas fiestas cívicas, fundamentada en el valor nacionalista de los actos escolares conmemorativos de próceres e hitos históricos, hasta la configuración pautada de esos actos, el bautismo con nombres ilustres de los edificios escolares de Buenos Aires, la promoción de los concursos de canciones escolares con versos de poetas de nuestro país y la mismísima mecanización del izado de la bandera y del canto de *Aurora*.

Por ello no es menor detenernos en la labor de Ramos Mejía. Su programática por demás estricta, voluminosa, minuciosa y rigurosa, tachada de excesiva por sus contemporáneos pero finalmente reconocida como trascendente, dotó de culminación al proceso de consolidación iniciado a fines del siglo XIX de uno de los dispositivos sarmientinos de mayor influencia ideológica: la *Escuela Normal*, que fue la encargada de formar la educación de las maestras. Esperamos que esta brevísima reseña sobre la vocación institucional y educativa de Ramos Mejía en su etapa al frente del Consejo Nacional de Educación —que nunca dejó de ser, también, una vocación médica, sociológica e higienista— y su trabajo en la instrucción popular de los niños, pero también de quienes formarían a esos niños y, por lo tanto, a la Argentina futura, iluminen, para el lector, un escolzo de la gran apuesta pedagógica y nacionalizante del Estado positivista.

Gustavo Ignacio Míguez

Centenario, euforia y... ¿final?

1910 aporta dos signos fundamentales a la Argentina oficial: es a la vez el año de los homenajes celebratorios del Centenario y el de la culminación del optimismo nacional fundado en una suerte de progresismo mecánico. Los postulados de Alberdi, planteados en el siglo anterior y que habían servido de fundamento teórico a un país gobernado por la alta burguesía liberal, parecían finalmente haber logrado su concreción. En 1910, la Argentina imaginada en 1852 y en 1880 estaba allí, frente a los ojos de todos, igual a un toro brillante y rotundo exhibido en una exposición rural. Y como todo determinismo es tranquilizador, homenajes y optimismo se proyectaron más que nunca sobre un futuro al que se sentía como “una cosa presente y tangible, como una seguridad con la que se contaba y sobre la que se vivía” (Francisco Romero, *Sobre la filosofía en América*). En ningún otro momento el país tuvo la sensación de creer más en sí mismo y “las festividades del Centenario de la Revolución [como señala Ponce] despertaron, en todas partes, una exaltación enfermiza de las cosas del terruño”. Después de esa culminación vino el gobierno de la clase media, llegó Ortega, habló con socios de clubes, con jefes de redacción y con profesores de la Universidad, frunció la nariz frente a nuestra “invulnerabilidad” y formuló “la esencia de la inseguridad argentina”. Y desde entonces, no hubo nada que hacer. Su germen pesimista, al sumarse a la crisis del año 30, alcanzó al “hombre que está solo y espera”, a los personajes de Arlt, al Martínez Estrada de *Radiografía de la Pampa* que acababa de descubrir a Spengler, y exacerbando su irracionalismo evolucionó hasta alcanzar nuestros “pecados originales”, nuestros “demonios americanos” y nuestro más reciente “desarraigo”. Pero al repasar lo que se escribió en 1910, se tiene la sensación de asistir a una melancólica puja por ver quién ensalza mayores realizaciones en el presente, quién pronostica mejores esplendores futuros, o bien quién es capaz de escudriñar el pasado descubriendo más importantes aciertos o valores personales más auténticos y ejemplares. La lista es larga, pero “el signo común es la confianza en nuestra predestinación a la grandeza” —recapitula Ernesto Palacio en su *Historia*— y el tono de euforia es parejo y sistemáticamente confirma al que desciende desde el gobierno. “Como lógico corolario de esta perspectiva de prosperidad y progreso, en la que predomina un criterio de previsión por sobre las ideales del anhelo patriótico [decía el presidente Figueroa Alcorta el 19 de marzo de ese año] veo la Nación en las culminaciones de su evolución total, fuerte y grande por su poder y su civilización en marcha hacia el ideal de sus destinos históricos”.

David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, vol. 2,
Buenos Aires, CEAL, 1994.



La infanta Isabel de Borbón revistando las tropas en la fiesta del Centenario, Buenos Aires, 1910. AGN.





Lolego Andrade.
nos visitará
Saludos

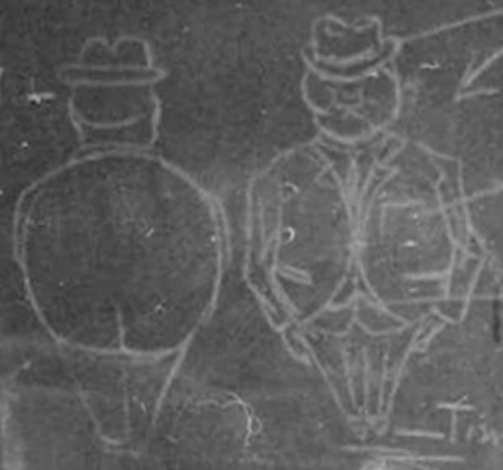
Fungió da buena

¿visitará acá?

Jetro-comba

Cadena de oro

Timbo



Estudiantes de Medicina festejando el Día del Estudiante en el Hospital Durand, c. 1930. AGN.

Índice

<i>El positivismo, rareza filosófica.</i> Horacio González	3
<i>Una biblioteca positivista argentina.</i> Gustavo Ignacio Míguez y Nicolás Reydó	5
<i>Raíces del árbol positivista.</i> Federico Angelomé	11

Lengua de las ciencias. Ciencia de las lenguas

<i>El idioma literario del positivismo.</i> Emiliano Ruiz Díaz y Eugenia Santana Goitia	17
<i>Espectros de la filosofía positivista.</i> Gustavo Ignacio Míguez y Nicolás Reydó	22
<i>El socialismo argentino: Ciencia de la Historia, lucha por la vida y la tentación del agenciamiento estatal.</i> Gustavo Ignacio Míguez	26
<i>Ciencia para la vida: la difusión de la eugenesia y el higienismo en clave socialista.</i> Florencia Paine Ubertalli Steinberg	30

Biologización de las culturas

<i>Conjurar al subalterno.</i> Guillermo David	35
<i>Ameghino: la antigüedad de la "ciencia" en el Río de la Plata.</i> Javier Barrio y Nicolás Reydó	41

Antropología y sociología criminal

<i>Las multitudes inmigratorias.</i> Tomás Schuliaquer	47
<i>Separar la paja del trigo.</i> Cecilia Larsen y Juliana Vegas	53

Razón de Estado

<i>El primer censo argentino.</i> Darío de Benedetti	71
<i>El Ejército en la construcción de la Nación.</i> Darío de Benedetti	73
<i>La historia y los límites de lo posible.</i> Florencia Paine Ubertalli Steinberg	75
<i>Educación la Nación.</i> Gustavo Ignacio Míguez	81
<i>Centenario, euforia y... ¿final?</i> David Viñas	83

Presidenta de la Nación
Cristina Fernández de Kirchner

Ministra de Cultura de la Nación
Teresa Parodi

Biblioteca Nacional Mariano Moreno
Director
Horacio González

Subdirectora
Elsa Barber

Directora del Museo del libro y de la lengua
María Pia López

Directora Técnico Bibliotecológica
Elsa Rapetti

Director de Administración
Roberto Arno

Director de Cultura
Ezequiel Grimson

Equipo de realización y producción

Curaduría: Gustavo Ignacio Míguez y Nicolás Reydó. **Colaboradores:** Federico Angelomé, Javier Barrio, Guillermo David, Darío de Benedetti, Verónica Gallardo, Ana Lucía González, Cecilia Larsen, Emiliano Ruiz Díaz, Sebastián Russo, Eugenia Santana Goitia, Tomás Schuliaquer, Florencia Paine Ubertalli Steinberg y Juliana Vegas. **Diseño gráfico:** Juan Martín Serrovalle, Verónica Pestoni y Santiago Fanego. **Corrección:** Laura Romero. **Audiovisual:** Isabel Larrosa. **Juego interactivo:** Leonardo Fernández. **Montaje:** Christian Torres, Susana Fitere, Adriana Roisman, Alejandro Muzzupappa y Nicolás D'Argenio.

Agradecimientos

Juan Manuel Abate, Alejandro Fernández Mouján, Marcelo Huici, Gustavo Rebasti, Abel Alexander.

Dirección de Cultura

Margarita Ardengo, Daniel Campione, Bárbara Maier, Vera Taborda, Alejandro Virués, Magdalena Calzetta, Martina Kaplan, Bruno Basile, Manuel Valverde.

Coordinación de Estudios e Investigaciones

Roberto Casazza, Lucía Casabellas, María Fernanda Olivera.

Área de investigaciones biblio-hemerográficas

Patricia Castro, Evelyn Galiazo, Solana Schwartzman, Andrés Tronquoy.

Departamento de Comunicación

Ximena Talento, Natalia Bellotto, Martín Ponce, Diego Vega, Marcelo Huici, Silvina Colombo, Mariano Molina, Abelardo Cabrera, Ignacio Torres, Ana Da Costa, Osvaldo Gamba, Susana Szakváry, Lucía Gómez Muñoz, Gastón Francese.

Departamento de Producción

Martín Blanco, Valeria Nadra, Pamela Miceli, Gabriela De Sa Souza, Carla García Buforn, Diana Rivas.

Área de Diseño Gráfico

Luisina Andrejerak, Valeria Gómez, Ximena Escudero, Daniela Carreira, Máximo Fiori, Samir Raed Ahumada.

Departamento de Relaciones Públicas e Institucionales

Carlos Bernatek, Andrés Girola, Gonzalo Garabedian, Alejandro Rodríguez Álvarez, Valeria Agüero, Vanesa Sandoval, Mariela Gómez, Pablo Hounie, Pablo Cecchi, Jimena Maetta, Juan Argüello, Úrsula Aníbal, Solange Porto, Valeria Gilaberte.

Prensa

Amelia Sara Laferriere, Juan Martín Sigales, Maximiliano Canda, Nicolás Martins.

